

El ZOO INFINITO

CLARK CARRADOS

El zoo infinito

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/093

CAPÍTULO I

Se llamaba Juan. Y el apellido no interesa, porque era un hombre de la Tierra. Lo mismo habría podido llamarse John, Jean, Hans, Johann, Giovanni o Iván. ¿Qué importancia puede tener el nombre en este caso? Quizás hubiera podido llamarse también Alí o Li Hiang o Yioto. Es lo de menos, porque lo realmente importante es la hazaña que vamos a relatar.

Juan había sido el primer hombre, si no en surcar el espacio, sí en llegar a la Luna, y ya nadie, en lo sucesivo, podría negarle aquel mérito, indiscutiblemente suyo por mientras el Tiempo existiera.

Frenada por sus poderosos chorros, la astronave descendió lentamente hacia el suelo del satélite, con la aguzada punta que parecía estar clavada en las estrellas. El «brenschluss»[1] coincidió con la detención del cohete, y dentro de éste, por unos segundos, hubo el más absoluto silencio.

Por unos momentos hubiera podido, creerse que la astronave estaba desierta. Pero sólo fueron unos momentos; en seguida Juan, con torpes dedos, más por la emoción que por sentirse nuevamente grávido después de casi cinco días transcurridos en el espacio con gravedad-0, se soltó las correas que ceñían su cuerpo al sillón antichoque.

Se levantó, dando unos torpes pasos por el interior de la reducida cabina, hasta que sus músculos estuvieron en condiciones de responder nuevamente a las órdenes de su sistema nervioso. Juan se

notaba extrañamente ligero, pesando seis veces menos que en la Tierra, pero en su ligereza entraba también, en buenas dosis, la alegría de saberse llegado al satélite sano y salvo.

Lo primero que hizo fue irse hacia el transmisor de radio y emitir la señal que serviría para que en la Tierra supiesen que el aterrizaje se había realizado con toda perfección. Luego, temblando de impaciencia, oprimió un botón, y al instante un trozo de pared se descorrió, dejando ver el transparente círculo de un ojo de buey.

Juan hubiera podido contemplar el panorama lunar en la pantalla televisora, pero prefirió hacerlo por sí mismo. No pudo evitar una exclamación de asombro, que sonó casi como un estampido en el reducido espacio de la cabina.

Realmente, Juan estaba contemplando un fascinante paisaje, un paisaje que nadie antes de él había visto. Era el primer hombre que desentrañaba los arcanos del satélite y, forzosamente, había de sentirse orgulloso de sí mismo. Pero en aquellos momentos, todo cuanto no fuera mirar a través de la gruesa cuarcita del ojo de buey, estaba fuera de la imaginación de Juan.

La gran planicie del Mar de las Lluvias; el Monte Pico, aislado en dicha llanura, elevando su triangular formación rocosa a tres mil metros de altura y, en el borde de la curva del horizonte, hacia el este, los Montes de Tenerife; al oeste el Mont Blanc y la entrada al Valle de los Alpes; casi al sur, desvaneciéndose en la lejanía, la curva de los Apeninos, aserrando con sus cimas de plata el negro telón del espacio... Todos éstos eran detalles harto familiares para Juan, quien los habla contemplado infinidad de veces a través de un telescopio o en reproducciones cinematográficas impresionadas en cohetes automáticos sin piloto. Pero nunca había gozado tanto como ahora, en que veía la realidad sin intermediarios ópticos.

Estaba maravillado.

Al cabo de un tiempo que no pudo precisar, se sustrajo al éxtasis en que había caído. Volvió hacia el transmisor de radio y, sentándose ante él, empezó a dar sus primeras impresiones sobre la llegada, en forma escueta y concisa. Durante larguísimo rato estuvo allí, contestando a un sinfín de preguntas que le eran hechas, hasta que, de común acuerdo con su interlocutor, y éste con sus superiores, cortó la transmisión, no sin haber señalado hora para la siguiente.

Ahora era cuando llegaba el momento más importante. Todavía no se

podía decir que estuviera en la Luna, y había que hacerlo bueno. Con hábiles y precisos movimientos, mil veces ensayados y estudiados, se colocó el traje de vacío. Ajustó la escafandra con seco chasquido sobre el collar metálico que le cubría casi los hombros, además de buena parte del pecho, y luego dio media vuelta a la espita del oxigeno.

Realizó un par de inspiraciones para comprobar el perfecto funcionamiento del aparato respiratorio, y luego, con torpes dedos, manipuló en una llave, que puso en funcionamiento un aspirador de aire. Cuando en el interior de la cabina se hubo hecho el vacío, otra llave, de modo automático, provocó la apertura de la escotilla de acceso.

Un golpe de frío sideral le hizo recordar a tiempo el funcionamiento del grupo termógeno. Lo ajustó y salió fuera.

Cuando llegó abajo, lo primero que hizo fue hincar en el suelo un palo con una bandera azul, en cuyo centro se veía una reproducción del planeta, en forma geográfica, con los dos hemisferios blancos y los meridianos en finas rayas negras: la bandera de las Naciones Unidas. Como no había aire que la moviera, se vio obligado a doblar el palo por la parte superior en ángulo recto, de modo que la bandera se mantuviera extendida. Después colocó al lado de aquella otra bandera más pequeña, la de su país, pues aunque viniese en nombre de la Tierra, Juan tenia su corazoncito, como cada quisque, y era un buen patriota.

Ya había tomado posesión del satélite; la Luna ya era de alguien, Exultante de júbilo, Juan no pudo por menos de bailar y danzar alocadamente, dando unos saltos grotescos, de varios metros de altura, descendiendo luego pausadamente al suelo. Le gustaba comprobar la vieja teoría de que cuando un hombre en la Tierra daba un salto de metro y medio de altura, en la Luna lo daría de nueve. La teoría era ya práctica, pero al cabo de un rato, una lucecita interior lo llamó al orden, y se puso a trabajar inmediatamente.

En el cohete sólo había llegado un hombre. El resto del espacio había sido destinado a transportar los primeros elementos de la futura base lunar, que poco a poco fueron bajando del cohete al suelo. Cuando Juan iniciase el regreso a la Tierra, allí estarían los materiales, aguardando a los que tenían que llegar en el segundo viaje, y en el tercero, y en el cuarto…

Una de las cosas que Juan instaló primeramente fue el telescopio, de pequeño tamaño, mas de gran poder aumentativo. En cuanto lo hizo,

no pudo resistir a la tentación de arrojar una mirada a la vieja madre Tierra, que inmediatamente apareció enormemente grande y cerca, como si de un golpe se hubiera suprimido la mayoría de la distancia. En el continente americano era de noche, y se veían, por rasgones entre la capa de nubes, las manchitas de luz que eran las grandes ciudades, brillantemente iluminadas: Nueva York, Chicago, Los Ángeles… El Atlántico resplandecía como una faja de plata azul, y el verde europeo chocaba con el amarillento tono del desierto sahariano. ¡Un magnífico e imborrable espectáculo: la Tierra a vista de Luna!

Durante varios días, Juan estuvo la mar de atareado preparándolo todo. El programa había sido dispuesto con tal minuciosidad, que apenas si le dejaba nada al albur. A tal hora comunicación radial, a tal otra comida, luego descanso, luego trabajo, más tarde verificación del instrumental de a bordo… Las horas se le fueron borrando rápidamente, sin apenas darse cuenta, y el sol empezó a descender hacia el este, cayendo sobre el agudo vértice de Monte Pico.

La noche lunar llegó al fin, al cabo de dos días GMT2, y entonces Juan preparó su último trabajo: una fenomenal carga de magnesio que debía ser disparada precisamente cuando el satélite se encontrase en fase de luna nueva, para que, incluso a simple vista, pudiera ser divisado el chispazo por cualquier habitante de la Tierra. Le costó varios viajes llevar la carga, puesto que debía ser incendiada a la suficiente distancia de la nave para que no le alcanzaran sus deslumbrantes efectos, y al fin, cuando todo estuvo listo, apretó el botón de disparo.

La noche lunar se disipó durante un segundo, iluminando con el tremendo resplandor del magnesio los alrededores del lugar. El fogonazo penetró incluso en la cabina de la astronave, atravesando la protección ocular que Juan se había dispuesto. Le costó un buen rato recobrar la normalidad de su visión, durante el cual tuvo siempre ante sus pupilas un millón de rojas estrellas en loca danza, pero al fin estuvo en disposición de trabajar de nuevo.

Lo primero que hizo fue acudir al transmisor, donde debía esperar la señal de «¡Visto!», pero, aunque aguardó un buen espacio de tiempo, nadie transmitió la menor llamada. Impaciente, hizo unas cuantas llamadas, pero nadie le respondió.

Aquello empezó a preocuparle. Insistió en sus llamadas, no recibiendo otra respuesta que la del más absoluto silencio radiofónico. Utilizó el Morse de emergencia, pero tampoco recibió respuesta.

Frunció el ceño. Aquello no era normal. ¿Qué diablos ocurría que nadie transmitía ni recibía sus señales? ¿Es que todos se habían muerto? ¿O estaban tan borrachos celebrando la llegada del primer ser humano al satélite que hasta las guardias ante los aparatos de señales habían sido descuidadas?

Disgustado e irritado a un tiempo, tomó un gran proyector que hizo descender con gran trabajo hasta el suelo. Haría señales ópticas con Morse, encarando el aparato hacía Palomar, el gran telescopio de cinco metros de diámetro. Con éste sería imposible que no le vieran.

Para ello necesitó antes buscar con el suyo el lugar terrestre donde estaba emplazado el Observatorio americano. A pesar de que el Sol daba en la cara opuesta de la Luna, la Tierra reflejaba una intensa luz, sesenta veces mayor que la de su satélite, que permitía ver los objetos en el suelo lunar casi como si fuera de día. Manipuló en el telescopio, y al fin arrimó su pupila al ocular.

No podían tener aquella desconsideración con él. Juan había sido el primer hombre en romper la barrera del espacio y llegar a un astro. En lo sucesivo, su nombre sería pronunciado y reverenciado por todas las generaciones terrestres mil veces más que cualquiera de los de Colón, Cortés, Pizarro, Magallanes, el capitán Cook, La Pérouse... A fin de cuentas, todos éstos no habían hecho otra cosa que descubrir tierras y lugares situados dentro del ámbito de la redondez de la Tierra. Pero él había franqueado una distancia de casi cuatrocientos mil kilómetros, en un viaje sin precedentes en la historia humana, y se sentía humillado al ver el olvido en que le tenían. ¿No irían a dejarle allí abandonado?

Sonrió al ver lo vano de sus presunciones. Allí, en la región de los Estados Unidos, alguien le contestaba con un chispazo similar al suyo. Fue un fogonazo de apenas una décima de segundo de duración, pero que bastó para que fuera percibido por su retina.

Se dispuso a manipular en el proyector por el método Morse. Pero, antes de separar su ojo del telescopio, vio otro chispazo, y casi a continuación dos más.

Aquello le intrigó y le extrañó profundamente. ¿Qué podía ser...?

Antes de que se hubiera formulado respuesta alguna, más chispazos surgieron en el lado opuesto de la Tierra. ¿Se habían vuelto locos? ¿O estaban celebrando su éxito disparando una infinidad de cargas de magnesio como saludo?

Pero no; no podía ser. Eran demasiados chispazos, demasiados fogonazos, casi sin solución de continuidad entre unos y otros, y por todos los lugares de la Tierra. En cierto momento le pareció a Juan que estaba presenciando el cuadro de control de una gran computadora electrónica, con miles de lamparitas encendiéndose y apagándose a un tiempo, en tanto que en su interior se verificaban los complicados cálculos matemáticos que mil hombres no hubieran podido resolver en mil años. Y los chispazos continuaban.

Súbitamente una idea atroz, como una barra de hierro al rojo blanco, atravesó el cerebro de Juan, doliéndole infinitamente. Aquellos chispazos no eran de salutación, sino de todo lo contrario. ¡Había estallado una feroz guerra nuclear y medio mundo estaba tratando de aniquilar a la otra mitad!

Tambaleándose como un beodo, se separó del telescopio, negándose a creer cuanto sus ojos veían. Ahora los chispazos ya eran perceptibles a simple vista en una cantidad como jamás él pudo soñar. Por todos los lados, por todas las partes, en los cuatro ángulos del cuadrante, la Tierra aparecía surcada por aquel destructor chisporroteo que, en lugar de disminuir, parecía aumentar.

Quiso oprimirse las sienes con las manos, pero el casco se lo impidió. Aulló y gritó, aun sabiendo que nadie podía oír sus gritos. Sólo un último resto de lucidez le impidió revolcarse en el suelo, como un poseso.

De pronto, una llama roja envolvió a la Tierra, como un ígneo sudario de muerte. El fuego empezó en un lugar cualquiera y avanzó con fulmínea rapidez, devorando con sus quemantes fauces todo cuanto estaba a su alcance. En contados minutos, el planeta quedó envuelto en una capa de llamas, debajo de la cual era presumible no viviera ya nada en aquellos momentos.

Hasta el suelo lunar llegaron los siniestros reflejos de aquel nuevo y falso sol, creado por la ambición y la codicia de unos cuantos desalmados. Un tinte escarlata sustituyó, con violentos tonos, a los apacibles plateados que hasta pocos minutos antes hablan coloreado el satélite. Y Juan supo que ya todo había terminado en su mundo.

Río, rió amargamente, pero de sí mismo. Sí; había sido el primer hombre, el hombre que, al regresar, iba a tener un recibimiento triunfal, como nadie antes de él lo había tenido, en todos los lugares del planeta. Sí, él era el hombre cuya imagen se iba a ver repetida y reflejada miles de veces, en otros tantos monumentos, en miles de

plazas públicas de las ciudades de la Tierra. El primer hombre… que ahora era el último hombre. Ya nadie más que él quedaba como representante, no sólo de la raza humana, sino de cuantos seres habían tenido vida en el planeta.

Y por muy poco tiempo además. Cuando se le concluyesen las reservas de aire, ¿qué seria de él? Acaso dentro de unos miles de años, una expedición exploradora de cualquier sistema estelar aterrizaría en la Luna y viera su cuerpo y sus aparatos, allí, abandonados, perfectamente conservados en el vacío a través de los siglos. Recogerían lo más importante, llevándolo a sus museos, como muestra de una civilización que había sido y que se destruyó a sí misma. Se rió al verse de momia en cualquier sala de un museo de sabe Dios qué planeta de qué estrella.

Ni siquiera intentó despegar con la nave en busca de un mundo habitable, aunque fueran Marte o Venus. No podría llegar nunca, aparte de que carecía de los conocimientos y aparatos necesarios para la marcación de una órbita de viaje. El aire y las provisiones se le agotarían mucho antes y, además, ¿estaba seguro de que podría sobrevivir en aquellos planetas? No, no le quedaba otro recurso que resignarse y aguardar su hora. Se dijo que sería interesante averiguar de qué iba a morir antes: si de hambre o de sed o por falta de oxígeno. Y se encaminó, de modo maquinal, hacia la astronave.

Dos semanas más tarde, Juan vivía todavía. Sabía que, prácticamente, era ya un muerto, pero se agarraba desesperadamente, con todas sus fuerzas, a la vida. Acaso otro cualquiera, en su lugar, habría terminado de una vez, abriendo la escotilla de la nave, pero a él no le agradaba tal sistema.

Sonrió pensando en alguna de las novelas fantásticas que había leído en más de una ocasión. En ellas, indefectiblemente, el héroe, en un caso similar al suyo, armaba un laboratorio con los instrumentos de a bordo, y con los materiales que tenía a mano, que no eran otra cosa que las rocas del satélite, organizaba lo suficiente para salvarse. Sí, allí había oxígeno y nitrógeno para componer aire respirable; y oxígeno e hidrógeno para el agua, y muchos elementos más con los cuales componer proteínas e hidratos de carbono, aun cuando fuera en la odiosa forma de comprimidos alimenticios, para saciar el hambre; y hasta lo suficiente para renovar el combustible consumido en el viaje. Pero Juan era un simple piloto de cohetes, cuyos conocimientos de química no le servían ni para fabricarse un fósforo. No; eso sólo pasaba en las novelas, y él no sobreviviría mucho tiempo más.

Una semana más tarde, Juan advirtió que estaba llegando ya al término de sus posibilidades. Abrió la penúltima lata de conservas y tomó uno de sus últimos tragos de agua. Los manómetros de presión apenas si señalaban ya la suficiente en las botellas de aire respirable. Después de comer, de modo casi inconsciente, se tumbó en la litera, quedándose dormido sin saber como, aunque en sus últimos momentos de consciencia, tuvo tiempo para pensar que acaso no despertase de aquel sueño.

Pero despertó, y mucho más sobresaltado de lo que él había esperado. Se sentó en la litera, frotándose los ojos con energía, creyendo ser víctima de una pesadilla. Pues ante él tenía tres figuras humanas, embutidas en unos trajes de presión como no había visto nunca, y que le miraban con indudable atención.

Permaneció allí sentado unos momentos, pellizcándose fuertemente para convencerse a sí mismo de que no era víctima de ningún mal sueño. Uno de los desconocidos avanzó hacia él, con un raro objeto, cuya utilidad no comprendió, en la mano.

Se echó al suelo. Avanzó hacia el desconocido.

—Eh, usted, ¿qué pretende hacer?

Le sobresaltó el sonido de su propia voz, no oída en casi un mes. Pero el otro no pareció escucharle.

Juan entendió que aquellos individuos no le querían para nada bueno. Instintivamente desconfió de ellos y, con la vista, buscó algún objeto que le pudiera servir de arma defensiva.

Pero no lo halló. Súbitamente, aquel artefacto que el desconocido tenía en la mano, brilló con un cegador relámpago, que inundó de una vivida claridad el interior de la cabina. Juan se sintió desfallecer.

Perdió muy lentamente el equilibrio, al mismo tiempo que la noche se le echaba encima, acaso como contraste del chispazo que viera un segundo antes. Sin tener tiempo de tocar el suelo, perdió la noción de la existencia.

CAPÍTULO II

Se despertó no sabía cuánto tiempo después. Lo primero que notó fue un leve dolor en la garganta y en la cabeza de escasa importancia. Pero, fuera de este pequeño inconveniente, no advirtió ningún importante quebranto en su salud.

Permaneció así unos momentos, con los ojos semicerrados, escuchando unos sonidos que, de momento, no supo identificar. Luego, vacilando, se atrevió a levantar los párpados.

Lo primero que vio fue una gran habitación, de paredes encristaladas, transparentes, excepto una de ellas, precisamente en la que se encontraba él tendido en un cómodo lecho. La estancia era grande y espaciosa, y, por lo que pudo juzgar en los primeros momentos, dotada de bastantes comodidades.

Pero lo que vio después hizo que sus cabellos se le erizasen totalmente. Se sentó en la cama, ahogando un grito de pavor y de asombro al mismo tiempo. Su repentino gesto hizo que el rumor que había escuchado antes aumentase de volumen.

Parpadeó varias veces, sin dar crédito a lo que sus pupilas estaban viendo. No, no podía ser cierto... pero era, indudablemente.

Al otro lado del muro de vidrio, en cualquiera de sus tres caras, se veían unos seres en gran número. Juan no pudo decir si eran personas o no, porque no estaba seguro de que aquellas cosas lo fueran, a pesar de tener cabeza, ojos, tronco y extremidades. Pero tales órganos adoptaban unas formas tan raras, que más parecían surrealistas pesadillas que miembros de seres con inteligencia, como aquellas cosas parecían serlo.

Se sentó en el borde del lecho, dándose cuenta de que las pupilas de aquellos seres relucían de excitación. Había muchos, varios centenares sin duda, y todos ellos le contemplaban con ávida atención, no perdiéndose ni uno solo de sus menores gestos.

Vaciló un momento, antes de afirmarse sobre los pies, advirtiendo, al mismo tiempo, que los dolores de garganta y de cabeza le desaparecían paulatinamente, con gran alivio por su parte. Entonces fue cuando, a espaldas suyas, oyó una voz.

—¡Hola, amigo! ¿Cómo estás?

Se volvió. Apenas lo había hecho, dio un salto que le llevó al extremo

opuesto de la habitación. Palideció y tembló, al mismo tiempo que un frío sudor le perlaba de innumerables gotitas la frente.

No acababa de creerlo todavía. Ante él tenía un tigre, un magnífico ejemplar, que agitaba indolentemente la cola, mirándole con innegable interés. Y, a espaldas del tigre, plácidamente dormido en el suelo, había otro, cuyo ronroneo podía percibirse claramente pir encima del incesante clamor exterior.

El tigre abrió la boca y Juan creyó que se disponía a abalanzarse sobre él.

—¡Hola, amigo!

Juan miró por todas partes, buscando en vano el lugar de donde salía la voz. Ésta volvió a oírse:

—No tengas miedo, hombre. Soy yo, el tigre, el que te está hablando. ¿Es que no me ves mover la boca?

Las rodillas de Juan chocaron súbitamente, con perceptible sonoridad. El tigre soltó una leve risita irónica.

—Extraño, ¿eh? ¿No habías oído hablar nunca a un tigre? ¿Cómo te llamas? Eso de decirte hombre es muy molesto, ¿sabes?

—Ju... Juan... —contestó el joven, lívido, sudando a mares.

—Me alegro mucho de conocerte, Juan —dijo el tigre—. A mí puedes llamarme «Pijama». Y a ésa que está durmiendo tan ricamente, dile «Marisa» cuando se despierte.

Juan tragó saliva. No acababa de comprender aquello. Era tan fascinante oír hablar a un felino tan peligroso, que incluso llegó a olvidar los miles de pupilas que le estaban contemplando al otro lado de la mampara de vidrio.

—No tengas miedo, Juan; no te voy a comer. Por el contrario, me interesa que tú y yo y «Marisa» seamos buenos amigos.

—Pero... pero eso es inconcebible... —balbuceó el joven, todavía estupefacto.

—Dímelo a mí —rió el tigre—. Aún no he podido acostumbrarme a hablar como las personas. Y, la verdad, ya tenía ganas de poder hacerlo con alguien que no fuera uno de esos condenados zorionitas.

—¿Zo… rionitas?

La cabeza del tigre señaló desdeñosamente hacia el muro de vidrio.

—Sí —masculló con acento enteramente humano—; esos tipos que están ahí al otro lado. ¡Puerca vida la de un tigre en el cautiverio! Se ve que he nacido para habitante de zoo.

—Pero… pero, ¿cómo te las has arreglado para hablar, «Pijama»?

A Juan le pareció que el tigre se encogía de hombros.

—Anda, ven, acércate —dijo—, y no me tengas miedo. Si hubiera querido comerte, podría haberlo hecho con toda facilidad mientras te recuperabas de la operación, durmiendo.

—¿Operación? No te entiendo, «Pijama».

El tigre se echó a reír.

—¡Ven, hombre! —dijo—. Ven y charlaremos un rato. Deja que esos estúpidos zorionitas nos miren. Yo ya estoy acostumbrado al papanatismo del público de zoo y, humanos o zorionitas, me da igual. Ven y siéntate en tu cama.

Juan obedeció, caminando con renuente paso, hasta sentarse justo al borde de su litera. El tigre se le echó al lado y, tras atusarse el bigote con una de sus garras delanteras, comenzó a hablar.

—«Marisa» y yo estábamos en el zoo de Barcelona, España. Dentro de nuestra condición de tigres y, a pesar de la semicautividad en que estábamos, no podíamos quejarnos. Buena comida a horas fijas, buenos abrigos para el frío de los inviernos, aunque allí solían ser benignos, y la seguridad de que nunca te ibas a encontrar con la bala de algún amigo de un «rajah» en la India que quería colgar tu piel ante la chimenea de su casa. De vez en cuando, uno soltaba un rugido o dos para distraer al público, abríamos la boca y enseñábamos los colmillos, dábamos unos cuantos saltos, y con eso pagábamos la carne que nos daban. No era mala vida del todo, no, señor.

»Pero un buen día, una buena noche, mejor dicho, vino del cielo un UFO. o un OVNI[3], como lo quieras llamar, tripulado por unos cuantos de estos malditos zorionitas. Lo he sabido después; venían a por unos cuantos ejemplares de habitantes de la Tierra, pero llegaron justo en el momento en que los hombres se tiraban a la cabeza todos los átomos de que disponían. El caso es que los zorionitas,

sorprendidos, apenas si pudieron hacer otra cosa que escapar con «Marisa» y conmigo, salvando el pellejo de milagro.

»No sé cómo llegamos a Zorio, que así es cómo se llama este planeta, porque entonces aún no me habían operado a mí. Pero apenas aterrizamos, me llevaron a su quirófano y me «arreglaron» el cerebro y la garganta, para que pudiera razonar y hablar. Con «Marisa» hicieron lo mismo... ¡y aquí estamos, chico! Tú llegaste un poco más tarde, después, sin duda, de haber sufrido la misma operación.

—¡Pero yo hablaba y pensaba! —objetó Juan, aún aturdido.

—Sí; mas no como los zorionitas. Si te fijas, te darás cuenta que no es tu idioma el que hablas, sino el de Zorio.

Juan abrió desmesuradamente los ojos. La situación era tan nueva para Juan que no se había percatado de tan importante detalle. No era el idioma de su país el que hablaba, ni tan siquiera uno de los dos o tres terrestres más que conocía. Aquellas palabras, aquellas frases, eran absolutamente desconocidas para él en su composición lingüística y, sin embargo, lo hablaba con la misma fluidez que si se lo hubieran enseñado de pequeño.

—Sí —continuó el tigre—; estos tipos son inteligentes de veras, y están terriblemente civilizados. A veces, me da miedo a mí...

Juan empezó a acostumbrarse a la idea de tener como interlocutor a un enorme felino que podía despedazarlo de un solo zarpazo. A fin de cuentas, se dijo, ahora tenía que estar muerto en la superficie de la Luna...

—¿Y qué es lo que pretenden hacer con nosotros? —inquirió.

«Pijama» soltó una risotada.

—¿Es que no lo has visto, hombre, digo Juan? Yo he salido de un zoo para ser exhibido en otro que sólo Dios sabe dónde está, y tú, tú... Bueno, figúratelo por ti mismo.

—¡Diablos! ¡Yo... en un zoo, exhibido como una fiera!

—Cuidadito, amigo —gruñó el tigre—. Retira eso de fiera, a no ser que se lo apliques a esos tipos del otro lado.

—Dispénsame, «Pijama», pero se me escapó sin querer —murmuró Juan—. ¡«Pijama», vaya un nombre más raro!

—Me lo pusieron los guardianes del Zoo de Barcelona, en un ataque de buen humor. Será por las listas de mi pellejo, digo yo.

—Posiblemente —contestó Juan—. Pero, no comprendo por qué te hicieron hablar. ¿Qué objeto tenía...?

—Dicen los zorionitas que todo ser vivo ha de tener inteligencia, cualquiera que sea su composición morfológica. Y a «Marisa» y a mí nos sometieron a esa operación, como a ti, apenas negamos a Zorio.

—A ver si esos tipos se creyeron que yo no sabía pensar ni hablar —exclamó el joven, muy mosqueado.

—Para ellos, posiblemente sí, Juan.

—¿Y tú, «Pijama», estás contento ahora con tu suerte?

El tigre hizo un gesto vago con una de sus zarpas.

—¡Pse! ¡Qué te diría yo, Juan! ¿De qué me sirve hablar y pensar si, total, he de estar de nuevo en una jaula?

—Pero me tienes a mí, y así se te hará menos duro el cautiverio.

—De todo llega uno a aburrirse con el tiempo, amigo —contestó «Pijama», filosóficamente.

—¿Hasta de «Marisa»? —preguntó Juan intencionadamente.

—Hombre... Es un poco tonta, ¿sabes?, y está muy pagada de su hermosura. Conmigo no congeniaba mucho en el otro zoo, porque andaba detrás de otro tigre del parque, «Rigoletto». Pero ahora éste ha muerto, y sólo le quedo yo, de modo que ella verá cómo se las apaña. Tendrá que acostumbrarse a mí, Juan; no le queda otro remedio.

Una súbita idea cruzó repentinamente por el cerebro del joven.

—Así, pues, os trajeron a los dos porque pertenecíais a sexos distintos, ¿no es así?

—Sí —repuso «Pijama»—, y ya puedes suponerte las intenciones de los zorionitas.

—Desde luego —dijo Juan, mirando al otro lado del vidrio. La afluencia de público era cada vez mayor.

Sin poderse contener, el joven se puso en pie, aproximándose al muro

de vidrio. Hizo unas cuantas muecas de burla y saltó varias veces, comportándose como un simio en cautividad, riéndose interiormente con toda su alma al ver los gestos de asombro de los zorionitas, cuyas exclamaciones formaban un murmullo que se percibía claramente.

Se volvió hacia el tigre.

—Oye, «Pijama».

—¿Qué hay, Juan?

—¿A qué hora se come aquí? Yo ya tengo el estómago. ..

—No te preocupes. Estos tipos piensan en todo. Saben cual es nuestra dieta y nos proporcionan el alimento adecuado. En medio de todo, son unos artistas.

—Podrán ser unos artistas, «Pijama», pero la idea de pasarme aquí toda la vida no me seduce.

—¿Y qué otra cosa puedes hacer? Juan, tú, como yo, eres un animal raro para ellos, y te guardan en un parque zoológico, como me guardaban antes a mí y a muchos de mis congéneres. No te queda otro remedio que resignarte.

—¡Yo no soy un animal de exhibición, sino un hombre!

—Díselo a ellos, ¡caramba! ¿Qué puedo hacer yo?

Juan se pasó la mano por la frente.

—Nada, tienes razón, «Pijama» —y sin más, se volvió a su lecho, en donde se sentó con un sombrío silencio.

Paso un rato, cuya duración no pudo precisar, antes de que, repentinamente, un trozo del muro se abriera. Juan se puso en pie.

Dos zorionitas penetraron en el interior, ávidamente contemplados por la multitud que había fuera. Uno de ellos llevaba una especie de látigo en la mano, en tanto que el otro era portador de una colosal bandeja repleta de alimentos, en la cual destacaba el costillar entero de un animal muy parecido a la ternera.

—Es la hora de comer, Juan —dijo el tigre, yéndose hacia su compañera, a la que despertó con suave zarpazo. «Marisa» se desperezó, abriendo una boca de palmo, que puso escalofríos en la piel de Juan, y luego se le acercó indolentemente.

—«Marisa» —dijo «Pijama»—, éste es Juan. Juan, ésta es «Marisa».

—Tanto gusto —murmuró desganadamente la tigresa.

—Encantado —repuso el joven, quien se prometió no asombrarse en lo sucesivo de nada de cuanto pudiera ver y oír.

Los zorionitas repartieron la comida, pudiendo apreciar el joven que la suya no tenía que envidiar a ninguna de las que comiera en otro tiempo en su planeta. Se le hizo la boca agua al ver alguno de los platos que allí había, pero de pronto recordó que era un animal de zoo.

—¡Eh, vosotros! —interpeló a los guardianes del parque, que ya se marchaban.

Los zorionitas se volvieron. Juan hizo una mueca de repugnancia al ver su extraño aspecto, pero logró disimular.

—¿Qué quieres, hombre? —inquirió uno de ellos.

—Me llamo Juan —refunfuñó el joven—. Pero esto es ahora lo de menos. Lo que interesa es: ¿nos van a tener aquí mucho tiempo?

—¿Por qué lo preguntas, hombre? ¿Qué importancia puede tener eso para ti?

Juan hizo un gesto de impaciencia.

—Porque no pienso estarme aquí encerrado toda la vida, ¿sabes? Yo soy una persona y...

El zorionita soltó una estentórea carcajada.

—¿Tú... una persona? —y de pronto se enderezó, con infinito orgullo —. Las únicas personas de la Galaxia somos los zorionitas, ¿entiendes? Y tú no eres más que un representante de la raza humana que está aquí para ser exhibido, y que los habitantes de Zorio estudien visualmente las costumbres de otros seres de distintos mundos al nuestro. ¿Te crees que estás solo, hombre? ¡Mira, pobre estúpido, mira!

La mano del zorionita se tendió a lo lejos, y Juan, siguiendo instintivamente el gesto, miró, viendo una infinidad de edificios o habitáculos como el suyo, en una serie de hileras interminables, que se perdían a lo lejos.

—Todas esas jaulas están llenas de seres que «no» son zorionitas —repuso el guardián—, para recreo y solaz nuestro. Y tú eres uno de esos habitantes, ¿comprendes?

Un velo rojo se interpuso repentinamente ante las pupilas del joven. Crispando los puños, dio un paso hacia adelante.

—¡Cuidado! —advirtió aquel ser.

Pero entonces, el otro guardián avanzó hacia él, enarbolando el látigo, en cuya punta se veía brillar una chispita de luz roja.

Un sordo rumor se elevó de la espantada muchedumbre. «Pijama» lanzó un grito.

—¡Quieto, Juan! No te metas con ellos; saldrás perdiendo siempre.

La tigresa hizo un gesto desdeñoso.

—Déjalo —refunfuñó «Marisa»—. Es un hombre, ¿no? Pues que pruebe el sabor del látigo; verá lo que es bueno.

Juan miró con infinito odio a sus guardianes y al fin, siguiendo los prudentes consejos del tigre, volvió a su sitio. Los zorionitas se retiraron, y entonces el joven, resignado por el momento, se sentó, dispuesto a comer.

Olvidó sus tribulaciones, llenándose el estómago, que notaba más vacío que de costumbre. A su lado, la pareja de felinos hacían crujir los huesos de su menú, de modo que en otras ocasiones hubiera erizado el vello del joven. Ahora, en cambio, los miró hasta con simpatía.

Dio buena cuenta de su ración.

Cuando terminó, observó con agrado un detalle: había un paquete de tabaco y una caja de fósforos. Lo comentó con sus «amigos».

—¡Hasta tienen tabaco!

—Es natural —repuso «Pijama», pasándose la lengua por los ensangrentados hocicos—; te dan la dieta que usabas cuando estabas libre. ¿No te digo que estos zorionitas son la mar de listos y que antes de encerrarnos en cautiverio han estudiado minuciosamente nuestras costumbres, gustos y necesidades?

Juan asintió, expulsando pensativamente el humo de su primer

cigarrillo como animal de zoo. Meneó la cabeza pensando que su situación era harto extraña e inconcebible, imposible de creer para nadie que no lo estuviera viendo: el último ejemplar de habitante de la Tierra, con figura humana, acompañado de otros dos con aspecto y hechura de tigre, excepto que ahora pensaban y hablaban como personas.

Por lo demás, no podía quejarse, puesto que le habían respetado sus ropas y utensilios personales y, salvo la implacable contemplación de los visitantes de aquel zoo tan singular, no podía decirse que fuera molestado en lo más mínimo. Comía, bebía, dormía y llegó a engordar de modo que juzgó alarmantemente. Y así pasó un buen espacio de tiempo, algunas semanas, durante las cuales se hartó de conversar con «Pijama» y «Marisa» de los más diversos temas.

Pero un buen día, la monotonía de su encierro se rompió repentinamente. La puerta se abrió a una hora no acostumbrada, y una persona, de modo poco considerado, fue arrojada violentamente al interior de la jaula.

Juan se puso en pie, asombrado y alegre a un tiempo. Y tenía sus motivos para ello.

La persona que acababa de ser encerrada era una mujer.

CAPÍTULO III

Los ojos de Juan examinaron rápidamente a la recién llegada. Ésta era muy joven, apenas unos veinte o veintidós años, según calculó el joven, y parecía aterrorizada ante la presencia de los felinos.

Era alta y esbelta, y su largo cabello negro, liso, sin apenas ondulaciones, le caía a ambos lados de los hombros, uno de los cuales aparecía al descubierto por un rasgón de la corta túnica que vestía, de un brillante tejido azul, y que apenas si le cubría las rodillas. Calzaba unas simples sandalias, al parecer del mismo tejido, y no llevaba encima joyas de ninguna clase, a excepción de un sencillo cinturón que le rodeaba el fino talle, y en cuyo centro Juan pudo ver una especie de presea de forma rara, de gran brillantez.

El joven se adelantó hacia la recién llegada con ánimo de tranquilizarla.

—No temas —le dijo—; estás entre amigos. Me llamo Juan y éstos que ves aquí son «Pijama» y «Marisa».

La muchacha no contestó; todavía estaba llena de temor. Juan sonrió nuevamente.

—Debes tranquilizarte —añadió—. Nadie piensa hacerte nada. Son mis compañeros de reclusión —y señaló a sus espaldas con el pulgar.

«Pijama» se aproximó.

—¡Hola, guapa! —saludó—. Como muy bien ha dicho Juan, somos amigos tuyos y no debes tener miedo de nosotros. Aquélla es «Marisa» y, aunque ahora parece enfurruñada, pronto acabará por ser amiga tuya.

—¡Estúpido! —masculló la tigresa.

Juan se acercó aún más a la muchacha, tomándola de la mano.

—Ven —dijo—, y tranquilízate. Siento no poder obsequiarte con nada, pero aquí sólo nos dan lo justo para comer y beber, con excepción, quizá, de los cigarrillos. ¿Quieres fumar? ¿Cómo te llamas?

La joven habló por fin. Era evidente que estaba asombradísima, no por el hecho de encontrarse allí, sino por ver que unos tigres hablaban.

—Neya —contestó—. Neya es mi nombre.

—Neya —repitió Juan, como un eco—. Me gusta. Es bonito. ¿De dónde has venido?

—De un mundo situado muy lejos de aquí. Nosotros lo llamábamos Korff. Pertenecía a Proción A y…

Juan no se pudo contener y soltó una exclamación.

—¿Proción A, has dicho? Pero… pero si eso está a casi once años luz de mi mundo… Es absurdo, fantástico…

—Pero cierto —contestó ella, recuperándose rápidamente, sobre todo al observar que «Marisa» daba media vuelta y se recostaba en el suelo, en tanto que «Pijama» se tumbaba a su lado, escuchándola atentamente.

Por su parte, Juan notó que le flaqueaban las piernas.

—¡Cielos! —exclamó—. Casi once años luz… cien billones de kilómetros… No lo acabo de creer.

—Para estos zorionitas no hay nada imposible, Juan —dijo ella—. Ni siquiera incendiar un mundo como el mío.

—¡Quéee! ¿Qué dices? ¿Incendiaron tu mundo, Neya?

Una gruesa lágrima rodó por las tersas mejillas de la joven.

—Así es —repuso, respirando agitadamente—. Destruyeron Korff después de haberme apresado a mí.

—¿Cuánto tiempo hace de eso, Neya?

—No lo sé. He estado dormida hace mucho tiempo y…

—Lo mismo que nosotros, ¿verdad, «Pijama»?

El tigre asintió. Juan continuó:

—Durante el tiempo de tu inconsciencia intervinieron tu cerebro y tu garganta para adaptarlos al idioma y los conocimientos zorionitas, Neya. Lo mismo que a nosotros y, posiblemente, a todos cuantos habitan las demás jaulas del zoo.

—¡Es espantoso! —murmuró la muchacha—. ¡Qué seres tan horribles y despiadados!

Juan se echó a reír.

—Pues lo que es los que me atraparon a mí, en un tris estuvo que no se quemaran los bigotes.

—¿También destruyeron tu planeta, Juan?

—No; fuimos nosotros mismos… es decir, sus habitantes, quienes se enzarzaron en una feroz guerra total que provocó la destrucción del planeta. Lo que pasa es que el estallido de la conflagración coincidió con su llegada a la Tierra.

—Así es —dijo el tigre—, y por poco no lo contamos. Tengo para mí que los zorionitas que nos capturaron temblaban de pánico, porque más de un proyectil estalló contra la coraza protectora de la astronave.

—Me hubiera gustado —dijo Juan, muy pensativo— oír sus comentarios. Seguramente estos zorionitas se creen los más sabios e inteligentes de la Galaxia, y probablemente tienen razón; pero, por lo que respecta a mí planeta, se llevaron el gran chasco. No lo hubieran destruido con tanta facilidad a buen seguro.

—¿Qué sabes tú? —exclamó Neya—. Son poderosísimos; tienen armas de un poder y una fuerza tremenda, jamás imaginadas y…

Juan sonrió compasivamente.

—Me hubiera gustado verlos en acción frente a un pelotón de infantería de cualquier país de mi planeta. Los hombres, cuando menos los terrestres, somos pacíficos, pero si llega el momento nos convertimos en algo peor que una fiera salvaje.

—Y si no que me lo digan a mí —murmuró evocador «Pijama». Juan se echó a reír y le pasó la mano por el lomo.

Luego miró a la muchacha.

—Bien, Neya —le dijo—; ya que estamos aquí, destinados indiscutiblemente a servir de pasto espiritual a estos zorionitas, procuremos pasarlo cuando menos lo mejor posible.

—Trataré de ayudarte, Juan —dijo ella con sencillez, mirándole con sus rasgados ojos, de una limpidez absoluta.

—Gracias. Es duro pensar que estamos sometidos a un cautiverio del que acaso no nos libremos nunca, pero, por el momento, lo mejor será resignarnos… en espera de hallar algún truco que nos permita obtener la libertad.

—Estoy contigo, camarada —dijo el tigre, y Juan no pudo por menos de sonreír para sus adentros al oírse llamar «camarada» por un animal que, tan sólo unas pocas semanas antes, se lo hubiera merendado bonitamente sin dejar de él ni los huesos.

—Veo difícil la evasión, Juan —murmuró ella, pesimista.

—No es tan difícil cuando se tiene tiempo suficiente para meditar un buen plan. Y nosotros lo tenemos, ¿verdad, «Pijama»?

—Sí —laconizó el felino.

De pronto la puerta de la jaula se abrió y dos zorionitas, uno de ellos

con comida, penetraron en su interior. El del látigo lo agitó amenazadoramente con uno de sus brazos, más semejante a un tentáculo con sólo dos dedos prensiles en su extremo, y los cautivos retrocedieron unos pasos.

—Parece un hombre —gruñó «Pijama»—, pero mucho más feo.

—Gracias por la parte que me toca, camarada —sonrió Juan.

Los dos guardias se echaron a un lado, permitiendo la entrada a otros dos congéneres suyos que transportaban diversos utensilios, entre ellos un lecho y un par de sillones, así como una mesita auxiliar. También traían una barra muy larga, que atravesaba de lado a lado la jaula, y de la cual pendieron una cortina a modo de tabique de separación entre los dos lechos.

—Hombre, eso está bien —murmuró Juan, y cuando se hubieron quedado solos preparó la mesa para la comida—. Anímate, Neya, y no te dejes abatir; no nos gustaría quedarnos solos, ¿sabes?

La muchacha sonrió tristemente, pero acabó siguiendo los consejos de Juan. Terminaron de comer, dejando los platos a un lado, y luego el joven encendió un cigarrillo. Ya era casi de noche y, como en cualquiera de los zoológicos terrestres, los visitantes se iban retirando ante la llegada de la hora del cierre.

—¡Uf! —suspiró Juan apenas vio que se había ido el último de los zorionitas—. Menos mal que nos hemos quedado solos. Ahora sólo nos queda descansar…

—…y esperar el día de mañana, en que volverá a repetirse lo mismo —dijo resignadamente el tigre—. Para mí, salvo el hablar, poco significa el cambio de cárcel.

—Pero yo no era ningún animal de zoo —protestó Juan.

—¿Acaso yo nací con esa condición? —gruñó «Pijama».

El joven enrojeció, viendo en la protesta del tigre una descarada queja contra la raza humana. Iba a disculparse cuando de pronto sonó una voz por encima de sus cabezas.

No se veía el orificio por donde entraban los sonidos, pero en todo caso éstos eran suaves y bien modulados, sin dañinas estridencias para los tímpanos, y lo que hablaban se refería a ellos.

—Atención todos cuantos habitáis el parque zoológico de Adhar, la capital de Zorio. Escuchadme con mucha atención.

—Por lo visto, han dotado de pensamiento a todos cuantos carecían de él —comentó Juan.

La voz continuó:

—Estáis en cautividad para siempre. Es una verdad desagradable, pero verdad al fin y al cabo, y debéis acostumbraros a ella para vuestro bien. Nadie piensa en haceros el menor daño si vosotros no lo intentáis, pero si así es, sólo habrá un castigo que imponer: la destrucción del culpable en forma rápida y expeditiva, para que sirva de ejemplo y escarmiento a los demás.

»Estáis en poder de los zorionitas, la raza más inteligente y poderosa de la Galaxia, y os hemos traído aquí para recreo e instrucción nuestra. Viviréis tranquilos, con atenciones de toda clase, siempre que os portéis como hasta ahora. Nadie hay más poderoso que nosotros; empapaos de esa irrefutable verdad.

»Sólo un zorionita es un ser libre e inteligente. Los demás, cualquiera que sea vuestra procedencia dentro de la Galaxia, no sois más que seres inferiores, a los cuales hemos tratado de dar un remedo de inteligencia para que podáis apreciar, precisamente, cuán grande es nuestra fuerza y nuestra sabiduría. Es dura, es desagradable la verdad que acabáis de oír, pero de nada serviría el ocultárosla. Acostumbraos a ella y vivid en paz.

»Y ahora vals a ver qué es lo que ocurre cuando uno de nuestros cautivos se subleva contra cualquiera de sus naturales dueños y señores. Gronth, del duodécimo planeta de Alfa de Arturo, intentó atacar hoy a uno de sus guardianes. Ved lo que va a ocurrir como castigo a su osadía.

La voz calló repentinamente, haciéndose el silencio en el interior de la jaula. También se oscureció la luz con que se iluminaba aquella cárcel y, de pronto, un gran rectángulo del muro se iluminó vivamente.

Primero se vieron unas imágenes confusas, que no parecían tener significado alguno. Después, la confusión se resolvió en un cuadro de colores naturales, en el que se veía un ser cuyo aspecto era muy parecido al humano, salvo el aditamento de unas alas membranosas, semejantes a las de los murciélagos.

—Éste es Gronth, el que atacó a uno de sus guardianes. Tal crimen

sólo tiene una pena, y vosotros, los cautivos de nuestro zoo, lo vais a ver inmediatamente, a fin de que, si en alguna ocasión os pasa por la imaginación rebelaros contra nuestro dominio, abandonéis tan funesta idea. Precisamente os hemos dado inteligencia para que todos podáis comprender bien cuál es vuestra posición en Zorio. ¡Mirad, cautivos, mirad!

La voz se calló. Juan y Neya, así como los dos tigres, fijaron sus ojos en la proyección. Dos guardianes acompañaban al desgraciado que había intentado hallar su libertad, ambos armados con sendos látigos de punta luminosa.

Los esbirros empujaron hacia adelante al desgraciado prisionero, haciéndole caer de rodillas. Gronth trató de volverse, en el mismo momento en que las cintas de los látigos caían sobre su cuerpo.

El prisionero se estremeció horriblemente al sentir aquellos golpes. Su cuerpo tomó al instante un espantoso color púrpura, como si todo él estuviera consumiéndose interiormente por un fuego devorador. Media docena más de latigazos acabaron con él, convirtiéndolo en una irreconocible masa de carbón que humeaba en el suelo.

La proyección desapareció repentinamente. La voz habló de nuevo, con glaciales acentos.

—Es una lástima, porque Gronth era uno de los mejores ejemplares de nuestra colección. Pero la disciplina ha de ser mantenida a toda costa, aun pagando el precio de perder un ejemplar que ya no podrá reponerse. Y todos vosotros, habitantes del zoológico de Adhar, escarmentad en su cabeza y no intentéis rebelaros. Muchos, la inmensa mayoría de vosotros, visteis con qué facilidad destruimos vuestros mundos. Es mucho más sencillo, pues, destruiros a uno de vosotros, como acabáis de ver, y espero que eso os disuada de ninguna intentona por conseguir una libertad que no merecéis, como pertenecientes a razas inferiores a la zorionita.

La voz calló, y sólo entonces Juan se dio cuenta de que estaba sudando copiosamente. Miró a Neya y la encontró muy pálida, aunque serena. En cuanto a los tigres, su aspecto exterior no delataba nada de cuanto ocurría en su interior.

Juan abrió la boca para hacer algún comentario acerca de lo que acababan de ver y oír, pero no tuvo tiempo de hablar. La voz volvió a hablar de nuevo.

—Esto va ahora para uno solo de nuestros prisioneros: Juan, de la

Tierra.

—Yo diría mejor Juan sin Tierra —masculló el joven amargamente.

Pero no estaba seguro de que el invisible locutor conociera al hermano del célebre Ricardo Corazón de León.

—Juan —siguió la voz—, esto sólo podéis oírlo tú y tus compañeros de reclusión. Escucha atentamente.

»Teníamos intenciones de traer con nosotros un ejemplar de cada una de las especies vivientes de tu planeta. Pero las naves encargadas se encontraron de repente metidas en una feroz guerra desencadenada por vosotros mismos, y harto trabajo tuvieron con escapar de aquel infierno.

—Lo cual —masculló el joven— quiere decir que no somos tan tontos como parecemos.

—Solamente pudieron traer dos ejemplares de animales que vosotros, los terrestres, teníais en cautividad. Aparte de a ti, Juan, naturalmente. Y ello porque en los momentos en que estalló la guerra no te encontrabas en tu planeta.

—No sé qué hubiera sido mejor, la verdad —se dijo el joven.

—Según hemos podido saber, fuiste el primer hombre de tu planeta en surcar el espacio. Con una nave anticuada si se quiere, pero hábilmente construida, forzoso es reconocerlo.

«¡Si te oyera von Braun, el inventor de la V—2!», pensaba Juan.

—Esto, Juan, quiere decir que habíais dado ya el primer paso, el más difícil, en la conquista del espacio. Los zorionitas debemos felicitarnos, pues, de que fuerais vosotros mismos quienes os destruyerais. Nos ahorrasteis un trabajo, hablando con franqueza.

»Naturalmente que no podías estar solo, y por ello fuimos en busca de alguien que te hiciera compañía. Es Neya, de Korff. Ahí está, junto a ti. Es un ser humano, de sexo opuesto al tuyo, y cuya civilización estaba más atrasada que la tuya. La destrucción de Korff fue cosa sencilla. La de la Tierra tengo para mí nos hubiera costado bastante más.

—Me gustaría haberlo visto —masculló el joven.

—Juan, tú eres un ser inteligente, porque sólo a un ser inteligente se le encomiendan las misiones más difíciles, tal como era la tuya: intentar el primer viaje interplanetario en la historia de la humanidad terrestre.

Juan se echó a reír al pensar:

«Si supiera ese imbécil que, más que por inteligente, me eligieron por fuerte. Había que resistir las tremendas presiones de la aceleración y...»

—No intentes, pues, nada, Juan. Te avisamos con tiempo y con entera franqueza. Lo sentiríamos por ti y por nuestro zoológico, que perdería una de las mejores piezas de su colección. Tú eres hábil e inteligente, y no dejarás de intentar evadirte si te llega la ocasión. En tal caso, olvida tus propósitos y piensa que vale más estar vivo en una jaula de zoo que no sirviendo de material recuperativo a las fábricas de alimentos, ¿entiendes? Contesta, Juan.

El joven levantó la vista hacia el lugar de donde parecía sonar la voz. Sonrió.

—Muchas gracias por los elogios que me has hecho, cualquiera que sea tu nombre. Gracias también por haberme salvado la vida en la Luna, cuando ya me quedaban pocas horas de vida. Todo eso os lo agradezco sinceramente.

—Lo hicimos con miras egoístas. Juan; de modo que no tienes nada que agradecernos. Eres una pieza de caza.

—Como quieras, zorionita. Sin embargo, tengo que haceros una advertencia. Libre nací y libre pienso morir, o por lo menos luchando por conseguir mi libertad.

—¡Bravo! —aprobó «Pijama»—. ¡Eso es hablar bien, muchacho!

—¡Está chiflado! —masculló «Marisa», moviendo la cabeza desdeñosamente.

Siguió oyéndose la voz:

—Has quedado advertido, de modo que luego no te quejes de lo que pueda ocurrirte.

Respondí alegremente:

—Gracias por la advertencia, zorionita. Pero mi decisión es tajante y no pienso volverme atrás. No soy ningún esclavo, ni mucho menos animal de zoo, ¿entiendes?

La voz ahora era amenazadora.

—Eres lo que nosotros queremos que seas, Juan. Olvida tus insensatos propósitos y recuerda solamente lo que le ha ocurrido a Gronth.

—¡Nunca! ¡Jamás! Y en cuanto tenga la menor ocasión me largaré de aquí. No sé cómo, pero lo haré.

Hubo un breve silencio.

—Debiéramos matarte inmediatamente por manifestar tan contundentemente tus propósitos, Juan; pero no queremos que se nos tache de crueles sin necesidad alguna. Estás advertido y no volveré a avisarte más.

Estalló:

—No lo necesito, zorionita. Pero si algún día logro escaparme, ¡guárdate de mí!

—Y de mis colmillos —murmuró filosóficamente el tigre, abriendo la boca de par en par.

CAPÍTULO IV

Alguien tocó con los nudillos en la puerta del cuarto de baño. Juan, sin volverse, preguntó:

—¿Qué hay?

—La comida, Juan —dijo Neya.

—¡Un momento; ahora mismo salgo!

Los zorionitas habían instalado a cada uno de sus prisioneros de acuerdo con sus necesidades y modos anteriores de vivir, de modo que, salvo la libertad, no echaran nada de menos. Así, pues, en el

cuarto de baño que había en la jaula, oculto a las miradas del público, Juan tenía todo lo necesario para su higiene y aseo y, naturalmente, no le faltaba una maquinilla eléctrica de afeitar. Terminó de limpiarse el vello del rostro, desconectó el aparatito y lo dejó en un estante situado al lado del espejo; luego se limpió las mejillas con unas simples abluciones de agua. Después salió al «comedor».

Los dos tigres estaban ya en su rincón, devorando con terroríficos crujidos su respectivo cuarto de ternera. El ruido debía llegar, a través de ocultos micrófonos, a los zorionitas que, expectantes, se hallaban en el exterior, contemplando la comida de los prisioneros. Juan les sacó la lengua, como tenía por costumbre, y luego se sentó ante la mesa. Sonrió a la muchacha, la cual le devolvió la sonrisa.

—¡Mmmm...! Esto tiene un magnífico aspecto —dijo—. ¿Qué diablos será?

—Más nos vale no averiguarlo —dijo Neya sensatamente—. Tiene la forma y el sabor de nuestros primitivos platos, pero... ¿son auténticos?

Con la cuchara llena de sopa a mitad de camino, Juan miró a la joven.

—¿A qué te refieres, Neya?

—¿No oíste hablar al zorionita hace unas semanas? Habló de material recuperativo para las fábricas de alimentos, Juan.

La cuchara golpeó metálicamente el plato.

—¡No! —dijo Juan, estremecido—. No me irás a decir que me estoy comiendo a Gronth, de Arturo, ¿verdad?

Neya sonrió, y tomando una cucharada de sopa preguntó:

—¿Y qué otra cosa podrías hacer, Juan? No te ibas a morir de hambre, digo yo, ¿eh?

El joven notó instantáneamente la pérdida de su apetito. Empujó el plato hasta el centro de la mesa.

—Podías haberte callado —refunfuñó—. Ahora me has estropeado la comida —y para quitarse el mal gusto de boca que le había asaltado de pronto, encendió un cigarrillo, cuyo humo inhaló ávidamente.

—Si piensas en eso, Juan, morirás de hambre,

—Es la primera vez que me noto antropófago, compréndelo, Neya —

dijo él débilmente.

—No todos han de ser Gronth, Juan. Vamos, anímate y come.

El joven terminó por hacer lo que le decían, aunque sin disimular la aprensión que sentía. Al terminar se reclinó en la silla, con otro cigarrillo pendiente de los labios, mirando fijamente al vacío.

—¿Qué te ocurre, Juan? —inquirió la muchacha al cabo de unos momentos—. ¿En qué piensas en este momento?

—En nada... salvo en las palabras del tipo que me amenazó.

—¿Has encontrado algún modo de evadirte? Porque, a decir verdad, yo no lo he visto, Juan —confesó ella, encendiendo también su cigarrillo, al cual había acabado por acostumbrarse.

—Desde que ha habido cárceles, ha habido presos que se fugaron, Neya. Y ésta no puede ser la excepción.

—Lo veo difícil, muy difícil, Juan. Y, además, recuerda lo que te dijeron.

—Precisamente por eso quiero largarme de aquí: para darme el gustazo de chafarle los morros al tipo ese de los consejos.

—Pero ¿cómo, Juan? Yo no veo...

El joven se levantó de pronto, arrojando el pitillo al suelo y pisoteándolo con furia.

—Un arma —dijo, como hablando consigo mismo—. Un arma y verían estos zorionitas...

Se paseó nerviosamente por el interior de la jaula, contemplado por sus tres habitantes.

—Si encuentras algo aceptable, avisa —dijo «Pijama»—. Aquí tienes un amigo para lo que quieras. Bueno, dos, mejor dicho.

—A mí no me metas en líos —farfulló «Marisa», y el tigre la miró con desprecio.

—Cómo se nota que tú naciste en un zoo en lugar de en una selva. De lo contrario...

—¡Vete al infierno! —mascculló la tigresa, y «Pijama» soltó una risita

de burla.

—Echas de menos a «Rigoletto», ¿verdad? Aquel petimetre que...

«Marisa» lanzó de pronto un colosal rugido que sobresaltó a Juan, sacándolo de sus abstracciones. Neya gritó, asustada.

La tigresa, enfurecida, se arrojó sobre su congénere, el cual la recibió de modo adecuado. Durante unos segundos no se vio allí otra cosa que un confuso revoltijo de dos cuerpos de felino que se peleaban ferozmente, en medio de salvajes rugidos de cólera, formando una mancha espiral en la que predominaban casi exclusivamente los colores negro y amarillo.

Neya se acurrucó en un rincón, chillando asustadísima. Por su parte, Juan, apenas pasada la primera impresión, se acercó a los tigres, emprendiéndola a patadas con ellos, patadas que repartió con un espíritu de absoluta equidad. Les increpó duramente.

—¡Quietos! ¡Fuera! ¡Estúpidos! ¡Alto ya, os digo! —y agotado el repertorio, no encontró otra palabra mejor que—: ¡Animales!

La pareja de felinos se separó, no sin lanzarse al rostro unos cuantos gruñidos de desafío. Juan siguió con sus invectivas.

—¡Bestias! Me estáis oyendo hablar a mí de buscar un medio de largarnos, y lo único que se os ocurre es pelearos como dos fieras.

—Como lo que somos —masculló «Marisa» con cierta humildad.

—Ahora de fieras no tenéis más que el cuerpo. Los zorionitas, no sé por qué condenado capricho, os dotaron de inteligencia. Para mí que fue un tiempo perdido el que emplearon en el quirófano.

—Dispénsanos, Juan —dijo «Pijama», lamiéndose una pata—. Tienes toda la razón del mundo, pero yo estaba un poco nervioso...

—¿Lo ves? Es a causa del encierro, «Pijama», no lo dudes.

—Sí —gruñó el tigre—, pero ¿cómo largarnos de aquí? Yo no le veo ninguna solución al asunto.

—Ya me echaré yo encima de los guardianes cuando entren a traernos la comida. De un zarpazo... —dijo «Marisa», pero el joven la interrumpió.

—No se trata de salir utilizando la fuerza bruta o, por lo menos, si lo

hacemos, que sea con el mínimo riesgo para nosotros. Hay que buscar otra fórmula, una fórmula que nos garantice un noventa y nueve por ciento de probabilidades de éxito.

Neya, pasada la bronca felina, se había acercado. Tomó una silla en sus manos.

—¿Y esto, Juan? ¿No es un arma?

El joven meneó la cabeza.

—No. Me pondrían perdido a latigazos apenas la tomara con actitud ofensiva. Es preciso pensar en algo más positivo… algo de lo que aquí, desgraciadamente, carecemos.

Neya dejó el mueble, haciendo un gesto de desaliento. Los tigres se echaron en el suelo, mirándolos interesadamente. Por su parte, Juan encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse a lo largo de la vítrea estancia. Al otro lado, varios rostros zorionitas le contemplaban con indisimulado interés, y el joven les hizo unas cuantas muecas de burla.

El silencio se hizo en la jaula durante unos momentos. Al cabo de un rato, Juan tiró el cigarrillo al suelo.

Lo hizo de modo maquinal, sin fijarse dónde caía la colilla. Ésta quedó al pie mismo de la cortina que separaba los lechos de los dos humanos, la cual llegaba sobradamente hasta el suelo. Neya, de modo también instintivo, alargó el pie, apagándola de un par de pisotones.

Juan presenció el gesto, sin darle mayor importancia. Reanudó su paseo, pero de pronto se detuvo como herido por el rayo. Neya lo miró esperanzada.

—¿Alguna idea, Juan? —inquirió.

El joven se volvió en redondo, con los ojos brillantemente iluminados. Tomó a la muchacha con ambas manos por los hombros.

—¿Idea? ¿Idea has dicho, Neya? ¡Claro que sí! Y has sido tú la que me la has dado. ¡Qué bruto he sido! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—Explícate de una vez, por favor; no nos tengas sobre ascuas —dijo «Marisa».

Juan hizo un gesto con la mano.

—Acercaos vosotros también, y escuchad atentamente. Cuando haya terminado de hablar, ya pondréis alguna objeción, si es que la halláis.

Unos minutos más tarde, Neya tomó en sus manos una punta de la cortina, examinándola con atención.

—Tendrás que desgarrar un trozo de este tejido, Juan; es aislante.

—No lo había pensado, Neya, y te agradezco que me lo hayas recordado. Sí; efectivamente, ha sido una buena idea.

—¿Y cuándo piensas dar el golpe?

Juan miró hacía el muro de vidrio, en cuya parte exterior se veían los rostros de los zorionitas.

—Cuando se hayan ido los visitantes, a la noche. En el momento en que los guardianes nos traigan la cena.

—Me parece muy bien —murmuró «Pijama», recostándose indolentemente en el suelo y afilando las garras contra el duro pavimento. Un poco más allá «Marisa» hacía algo muy parecido.

Neya se acercó al joven.

—Juan —musitó.

—¿Qué quieres?

—Ten cuidado. No te arriesgues más de lo necesario.

Juan tomó una de las manos de la muchacha.

—El riesgo que voy a correr es el de jugarme la vida; y es mejor perderla a conservarla durante sesenta o setenta años más, encerrado aquí, entre estas cuatro paredes. No soy ningún criminal, no he cometido ningún delito para que se me encarcele de esta forma, y comprenderás que no me ofrece la situación ningún atractivo para que yo intente prolongarla, ¿comprendes?

—Pero ¿y cuando hayas logrado salir del parque? ¿Dónde irás? Desconoces, como yo, este mundo. ¿No será peor...?

—¿Qué cosa hay peor que estar aquí encerrado, Neya? —Juan sacudió enérgicamente la cabeza; y concluyó—: No; lo tengo decidido, y a la noche daré mi golpe, cualesquiera que sean las consecuencias que ello pueda reportarme. Es decir... salvo que tú no te opongas

rotundamente a ello, en cuyo caso lo dejaría para mejor ocasión, o desistiría de ello.

La muchacha echó la cabeza un poco hacia atrás, al mismo tiempo que cerraba los ojos un segundo. Los abrió casi en seguida y sonrió, oprimiendo con suave dulzura la mano del joven.

—Tienes razón, Juan; ¿para qué posponer el comienzo de una empresa cuando puede hacerse hoy? De acuerdo; te ayudaré en todo lo que pueda.

El tiempo empezó a pasar lentamente, con infinita lentitud, enervando los espíritus de los allí encerrados. Juan se recostó en su cama, fumando cigarrillo tras cigarrillo, y sólo salió de su aparente atonía cuando vio entrar a los dos guardianes con la comida.

Ninguno de los cautivos dijo nada. Fuera del encierro era ya de noche, y las grandes avenidas del parque, con excepción de unos cuantos guardianes de vigilancia, armados de látigos eléctricos, estaban absolutamente desiertas. El joven despachó su ración en dos bocados, y luego encendió una cerilla.

Por casualidad, el fósforo cayó encendido sobre la tela de la cortina, la cual se inflamó instantáneamente. Neya empezó a gritar y los tigres se agitaron nerviosos, gruñendo airadamente.

El joven intentó apagar el luego, sin conseguirlo. Las llamas se corrieron al lecho de Neya, que ardió casi al instante. El humo hizo irrespirable la estancia.

Los felinos rugieron atronadoramente, como espantados del espectacular avance de las llamas. Neya aumentó la confusión, chillando con toda la potencia de sus pulmones, en tanto que Juan hacía unos esfuerzos, más aparatosos que reales, para sofocar el incendio.

La puerta del encierro se abrió bruscamente, y dos de los guardianes penetraron, llevando unos aparatos que parecían ser extintores de incendios. Se echaron hacia adelante, empujando a un lado, sin contemplaciones, a los cautivos, en tanto que otro guardián, armado con un látigo, custodiaba la entrada de la jaula.

Cuando los dos primeros guardianes estaban más enfrascados en su tarea Juan decidió que ya había llegado el momento de actuar. Saltó hacia arriba, asiéndose con ambas manos a la barra que sostenía la cortina.

Antes que el zorionita que se hallaba en la puerta pudiera percatarse de las intenciones del joven éste ya se había hecho con un arma que, bien utilizada, podía ser decisiva para un combate cuerpo a cuerpo. La barra mediría muy bien cuatro o cinco metros de longitud, y Juan la tomó por uno de sus extremos, precavidamente envuelto en un trozo de tejido que había desgarrado con anterioridad al incendio.

El guardián de la puerta notó el peligro. Avanzó, haciendo chasquear el látigo.

—¡Atrás! ¡Atrás o te electrocuto!

Pero Juan no hizo el menor caso de la intimación. Corrió hacia su enemigo, manteniendo la barra horizontal, apoyada en la cadera, a la altura de su cintura.

El zorionita bajó su látigo, cuya punta electrificada arrancó un turbión de chispas de la barra metálica: Un segundo después dejaba escapar de su garganta un horripilante alarido, al notar sus carnes atravesadas por la barra que Juan, en el colmo de su potencia, había dirigido contra su cuerpo. La barra no tenía punta, pero el empuje del joven había sido tan grande, que penetró en el cuerpo del zorionita con la mayor facilidad. Éste se estremeció horriblemente unos segundos y al fin relajó sus músculos y abandonó el látigo.

Mientras tanto, y al oír los otros dos guardianes los gritos de sus compañeros, se habían vuelto, no sabiendo qué hacer con los extintores de incendios en sus manos. Pero los tigres no les dejaron meditar mucho acerca de los acontecimientos.

Convertidos en dos borrosas manchas negro—amarillentas, «Pijama» y «Marisa» saltaron hacia adelante, impulsados por las poderosas ballestas de sus patas traseras, al mismo tiempo que emitían unos rugidos capaces de volver instantáneamente blancos los cabellos del individuo más templado. La muerte de ambos zorionitas llegó rápida, sin sufrimientos innecesarios, cuando dos salvajes bocas, armadas con colmillos que parecían sables, se cerraron en torno a sus gargantas. Un doble y enérgico sacudón, y los cuerpos de los guardianes se convirtieron en algo inerte, sin vida.

Neya no se estuvo quieta en los breves segundos que duró la pelea, ni dio tiempo a Juan a rehacerse de su choque con el guardián de la puerta. Alcanzó de un salto el látigo y con los cabellos flotantes, encendido el bello rostro, miró orgullosamente a Juan.

—¡La puerta está abierta! —exclamó.

—¡Y nuestra libertad o nuestra muerte, al otro lado, Neya! ¿Persistes en seguirme?

La muchacha afirmó rotundamente:

—¡Sí, vamos sin perder un segundo!

—¡Eh, un momento! —gritó «Pijama»—. Que estamos nosotros aquí. ¿O es que pensabais dejarnos solos? —y luego añadió, con tono de disgusto—: ¡Qué mal sabía ese condenado zorionita!

Juan se echó a reír, acariciando la cabeza del felino, que emitió un ronroneo de agrado. Luego, enarbolando la barra, salió fuera de la jaula.

Pero, apenas había dado unos cuantos pasos, se detuvo, completamente estupefacto al advertir algo en lo que no había reparado desde el interior de su jaula: ¡era de día!

—¿Cómo diablos...? —masculló, sin comprender por qué unos momentos antes había visto oscurecer y ahora, una brillante luminosidad, aunque de declarado tono rojizo, brillaba en el firmamento. A lo lejos vio, por encima de las edificaciones, un gigantesco semicírculo de un tono muy parecido al escarlata, de bordes difusos, pero no tuvo tiempo de más indagaciones, porque un repentino grito de Neya lo alertó.

—¡Cuidado, Juan; vienen más zorionitas!

Era evidente que los guardianes del zoo se habían percatado de su evasión, y cuatro o cinco, todos ellos armados con látigos eléctricos, se dirigían hacia ellos a paso de carga. En una fracción de segundo, Juan tuvo tiempo de ver los rostros de algunos de los encarcelados, asomados con ansiosa expresión a sus jaulas de vidrio irrompible, pero no se entretuvo más.

—¡Vosotros, atrás! —ordenó—. Dejadme a mí aguantar la primera embestida.

Afirmó los pies en el suelo, oprimiendo con fuerza la barra de metal. Dos zorionitas se le echaron encima, blandiendo amenazadoramente sus látigos, que chasquearon sonoramente.

La respuesta de Juan fue un golpe con su improvisada arma. Pero no la manejó como antes, sino en forma completamente distinta: moviéndola en semicírculo, a la altura del vientre de un hombre, con

terrible impulso.

La barra alcanzó a los dos zorionitas, derribándolos aparatosamente por el suelo. Antes de que hubieran podido utilizar sus látigos, la pareja de felinos entró nuevamente en acción, y dos cuerpos se inmovilizaron repentinamente, al ser degollados por sendas dentelladas de los tigres.

Pero aún quedaban tres guardianes más, y a lo lejos se veían acudir refuerzos. Juan consiguió derribar a otro, mas los dos restantes lograron esquivar sus golpes, tratando de flanquearle. Los látigos se agitaron en el aire, silbando como serpientes.

Juan trató de revolverse, notando que la otra extremidad de la barra, se había enredado momentáneamente en las ropas de uno de los muertos. Tiró de ella con frenesí, dándose cuenta de que iba a recibir una mortífera descarga antes de que pudiera conseguir su propósito.

CAPÍTULO V

El rugido de «Marisa» concluyó en la garganta del zorionita. El otro guardián, repentinamente desmoralizado, echó a correr, lanzando agudos chillidos,, que Juan no supo identificar si eran de pavor o advertencia a los refuerzos que se acercaban apresuradamente al lugar del combate.

Mientras tanto, y estimando ya a la barra como un arma inútil, tomó los látigos de los zorionitas caídos, examinando uno de ellos de un rápido vistazo. Vio un botón en el nacimiento del puño y no dudó que aquél sería el interruptor de la corriente, como así resultó ser, en efecto.

Por su parte, Neya se portó con una sangre fría y un valor que no parecía esperarse de una muchacha de tan delicado aspecto como el suyo. En tanto Juan recogía los látigos, ella, por su parte, hacía otra cosa, cuyo significado supo el joven unos segundos más tarde, cuando una de las puertas de la jaula más próxima se abrió de par en par.

Dos seres, de extraña morfología, aunque bípedos, salieron fuera y tomaron cada uno de ellos uno de los látigos de los caídos. Miraron a

Juan con fulgurantes pupilas, en las que ardía un infinito odio hacia sus guardianes.

—Yo, Hadz, de Pólux, y mi esposa Hadzia, te damos las gracias, quien quiera que seas, y estamos dispuestos a acatar tus órdenes. Eres un bravo al haber conseguido libertarte del encierro.

—Gracias, Hadz. Me llamo Juan..., pero ahora convendría abrir todas las puertas. Creo que hay muchos que están ansiando sentirse libres.

En efecto, a través de las paredes de vidrio de las jaulas se oía un enorme griterío, procedente de cientos y aun miles de gargantas de seres procedentes de todas las regiones de la Galaxia, que habían advertido la evasión de varios prisioneros, y ahora reclamaban por que les .fueran abiertas las puertas de sus encierros. Cuatro o cinco jaulas de las más próximas se vaciaron de sus ocupantes, y muchos de ellos, a falta de otras armas, tomaron las que encontraron a mano, sin omitir alguna barra metálica como la que le habla servido al joven para consumar su evasión.

En un instante Juan se vio rodeado por una veintena de seres de las más extrañas formas y aspectos. Desde el bípedo, que parecía enteramente haber nacido en la Tierra, hasta el que semejaba una bola de plástico, en la que apenas si se advertían un par de excrecencias, que no podía saberse si eran brazos, piernas, ojos o tentáculos, todas las conformaciones corpóreas tenían allí su representante. Uno de ellos se abrió paso impetuosamente entre el grupo que rodeaba a Juan, y le tomó con calor una de sus manos.

El joven miró a la mujer que tenía frente a sí. Era de elevada estatura y magníficas proporciones, con la epidermis de un color gris obscuro, vestida apenas con una túnica, y de cuya espalda salían dos monumentales alas membranosas que le rebasaban la cabeza, y que ahora aparecían replegadas sobre sí mismas. Juan advirtió también que la extremidad de dichas alas estaba constituida por una terminación córnea de apariencia durísima, muy afilada, de unos treinta y cinco o cuarenta centímetros de longitud, curvada casi como una hoz, y afiladísima como una hoja de afeitar. El joven calculó que aquella enorme uña, bien manejada, debía ser un arma mortífera y no le agradó la idea de, acaso, tener que enfrentarse con la mujer que todavía le sujetaba la mano.

—Gracias, Juan —dijo ella, con ojos brillantes como ascuas—. Gracias por lo que has hecho por nosotros y, en nombre de mi esposo Gronth, déjame combatir en primera fila, para vengarle.

La mente del joven revivió súbitamente una escena presenciada en proyección mucho tiempo antes.

—¿Gronth era el hombre que mataron a... a latigazos?

—Sí —contestó la mujer—murciélago ardientemente—. Y yo su esposa. No me importa ya morir, pero no quisiera hacerlo sin antes haberle vengado cumplidamente.

—Tendrás ocasión de hacerlo —sonrió Juan—. ¿Cómo te llamas?

—Grontha. Al casarme, adopté el nombre de mi marido. ¿Qué tengo que hacer ahora, Juan? Tú eres nuestro jefe y obedeceremos tus órdenes ciegamente.

En aquel momento volvió Neya a todo correr, jadeante, casi sin respiración.

—Vienen más zorionitas —anunció, y al instante se armó un gran revuelo en el grupo.

—¿Cuántas jaulas has abierto? —inquirió el joven.

Observó que el primer grupo de guardianes, dándose cuenta de su impotencia, había vuelto grupas en busca de ayuda, y por el extremo de la gran avenida en que se hallaban, venia un numeroso contingente, armados con látigos eléctricos.

Neya le dio una cifra. Efectivamente, el número de los liberados de la esclavitud había aumentado notablemente. Pero aún quedaban muchos de ellos encerrados todavía, y que continuaban armando un formidable escándalo, pidiendo su libertad.

Juan tomó al instante una resolución.

—Uno de vosotros que tome la llave que abre las celdas, y que sea escoltado por aquéllos que han conseguido hacerse con látigos. A medida que vayan saliendo los prisioneros, que se unan a nosotros.

La llave le fue arrebatada a Neya por una de aquellas pelotas, que inmediatamente empezó a botar y dar saltos descomunales, alejándose hacia los lugares en que la gritería era mayor.

—¡Los demás, seguidme! —gritó Juan, blandiendo su látigo.

Y una masa aullante y gesticulante de sublevados se dirigió ai encuentro de sus guardianes.

—Neya, ponte detrás de mí —dijo, y la muchacha obedeció.

Los dos tigres, ávidos por entrar en batalla, se colocaron uno a cada uno a sus flancos.

El jefe de los guardias avanzó un par de pasos.

—¡Prisioneros! —gritó—. Deponed las armas y entregaos. En nombre de Thaor, el Rey—Emperador de Zorio, os prometo que no se os hará objeto de ninguna represalia y se os conservara la vida, si retrocedéis en vuestra incalificable actitud. Volveos pacíficamente a vuestras jaulas y que todo siga como hasta ahora.

Juan miró desdeñosamente al zorionita, recorriendo de arriba abajo su repelente aspecto, de formas no del todo definidas, como un ser humano que no hubiera concluido su formación. La cabeza era una esfera casi perfecta, con apenas unos orificios para los ojos y la boca, sin narices, y los brazos y las piernas parecían sendos tubos de goma, concluidos en manos y pies rudimentarios, con dos dedos muy largos cada uno de ellos. El cuerpo también era una especie de cilindro elástico, cubierto por un tejido grueso y brillante.

—¡Que todo siga como hasta ahora! —repitió despectivamente el joven—. Eso mismo delata vuestras intenciones, zorionitas. Ninguno de nosotros piensa hacer caso de vuestras palabras, porque ninguno de nosotros quiere la vida a tal precio. Compañeros —se volvió a medias Juan—, ¿estáis conformes conmigo?

Una rotunda y atronadora afirmación, salida de varios centenares de gargantas, pues a cada momento afluían los combatientes a aquel punto, acogió las palabras del joven. Éste miró al zorionita.

—Retiraos. Retiraos y dejadnos la salida libre, o de lo contrario, pereceréis todos.

—¿Y a dónde iréis? ¿Qué haréis fuera del zoo, en un sitio desconocido para vosotros, sin medios para regresar a vuestros planetas respectivos, la mayoría de los cuales están destruidos e inhabitables?

Juan consideró un segundo las palabras de su oponente. Tenía razón el zorionita..., pero también la tenía él, y por nada del mundo quería retornar a su condición de animal de zoo. Dio, pues, su respuesta.

—Eso es cuenta nuestra —dijo—. Apartaos, o caeremos sobre vosotros.

—¡Nunca! —gritó el guardián; al instante dio una orden—: ¡A ellos, a muerte!

Los dos grupos se arrojaron el uno por el otro, trabándose al instante en una lucha feroz, en la que no se daba ni se pedía cuartel. «Pijama» y «Marisa», dando saltos descomunales, volaban sobre las cabezas de los zorionitas, esquivando los latigazos eléctricos que éstos les dirigían furiosamente, derribando a uno en cada dentellada. Grontha, la mujer —murciélago, revoloteaba por encima de los zorionitas, preferentemente por su retaguardia, cayendo de vez en cuando a plomo sobre ellos. Y en cada ocasión, un golpe con el extremo del ala derribaba, limpiamente decapitado, a uno de los guardianes.

Por su parte, Juan se vio envuelto en lo más, recio de la lucha. Los latigazos chasqueaban sonoramente, y en más de una ocasión recibió fuertes descargas eléctricas, que le hicieron estremecerse dolorosamente de arriba abajo. Pero también desarmó a varios de sus oponentes, empleando para ello viejos trucos de «judo», que los zorionitas no conocían, y repartiendo los látigos así obtenidos entre sus camaradas más cercanos. Juan advirtió la relativa blandura de los miembros de los zorionitas, de una piel casi viscosa, fría, pareciendo como si su interior estuviese compuesto de algún tejido muy esponjoso, pero notándose en el centro de cada miembro una masa muy dura, probablemente los huesos de tan singular anatomía. Mas el joven no pudo entretenerse mucho tiempo en analizar la composición morfológica de los zorionitas, porque la lucha y la protección de Neya absorbían todo su interés.

Continuamente afluían seres liberados al teatro de la lucha, en el que se peleaba de un modo bárbaro, salvaje, lleno de aullidos, imprecaciones, gritos de agonía y quejas de los heridos. Más de un sublevado había sido carbonizado por los látigos eléctricos, y un intenso hedor invadía el ambiente.

El suelo empezó a llenarse de cuerpos tendidos, pertenecientes a ambos bandos. Pero, como el de los zorionitas, siquiera fuera momentáneamente, era el más débil, era lógico que ellos fueran los primeros en dar señales de debilidad.

Juan aprovechó la ocasión para lanzar unos cuantos gritos estentóreos, con los cuales animar a su gente. Los sublevados hicieron el último esfuerzo y cargaron con salvaje frenesí sobre los ya escasos supervivientes zorionitas, los cuales, el terrestre hubo de reconocerlo forzosamente, peleaban con encarnizado valor. Pero la victoria tenía ya un postor y era fácil saber cuál era éste.

La lucha no fue ya muy larga. Liberados los últimos cautivos, los escasos zorionitas que habían tenido la suerte de sobrevivir al salvaje combate, huyeron despavoridos, dejando el campo libre. Algunos trataron de perseguirlos, pero Juan, en unión de unos cuantos sensatos ex colegas del zoo, los contuvieron.

Cuando el combate hubo terminado, la mayoría de los prisioneros se reunieron en torno al terrestre, a cuyo lado aparecían Neya, Grontha, los tigres, el hombre—pelota y algunos más. Juan se dijo que, en efecto, bajo el punto de vista zorionita, el parque zoológico debía haber sido de lo mejorcito en su clase, puesto que allí parecían estar representados todos los pueblos de la Galaxia, en sus diversas y variadas formas.

Alzó la mano, imponiendo silencio, y no tardaron en cesar los excitados murmullos y comentarios que hacían aquellos seres, que no acababan de acostumbrarse a la idea de hallarse fuera de su jaula.

—Amigos, compañeros todos —empezó diciendo el joven—, ya estamos libres. Libres, por el momento, de los estrechos límites de nuestro encierro, pero para alcanzar nuestra definitiva libertad, todavía nos falta mucho. Es indudable que, vencidos los zorionitas en el primer embate, no tardarán en volver con más refuerzos, y esta vez la lucha será mucho más dura, puesto que, no sólo tratarán de castigar lo que ellos consideran nuestra rebeldía, sino de vengar a sus compañeros muertos.

»Debemos unirnos estrechamente para resistir los asaltos enemigos, con posibilidades de éxito. La desunión sólo puede acarrearnos desastre tras desastre, al final de los cuales se halla la muerte. No pretendo erigirme en vuestro jefe; si hay alguien más capacitado que yo, que lo diga; le cederé de muy buena gana mi puesto. Yo no me sublevé por ser jefe de nadie, sino por mi libertad, y opino que la muerte es mil veces preferible antes de vivir eternamente encerrado, sirviendo de espectáculo a los curiosos zorionitas. Yo no conozco este planeta, puesto que vine a él en estado de inconsciencia, y me desperté ya preso. Estoy seguro de que más de uno de vosotros lo conocéis. Si así es, guiadnos, el que sea, hacia el lugar donde podamos ser libres y dichosos, sin las nubes sombrías de un posible cautiverio en el horizonte de nuestras vidas.

Un silencio sepulcral acogió las palabras del joven, cuyos ojos escrutaron atentamente la masa de seres que tenía ante sí. De pronto, alguien lo rompió, al mismo tiempo que se abría paso a viva fuerza entre el círculo de seres que rodeaban a Juan.

—Yo no quiero otro jefe que tú, seas quien seas y te llames como te llames. El hombre que supo derrotar a los zorionitas bien merece ser llamado nuestro jefe, y yo, Tuii de Mizar, te reconozco como tal, prometiéndole fidelidad y ciega obediencia en todo cuanto me ordenes.

Juan miró a su interlocutor. Tuii tenía figura humana terrestre, excepto por el color de piel, que parecía de acero pulido, más denso en el pecho y vientre, y un par de protuberancias o astas de unos veinticinco centímetros de longitud, a ambos lados de la frente, las cuales parecían también de metal.

—Mizar, de la Osa Mayor.

—Así es. ¿Y tú, de dónde eres?

—Me llamo Juan, y procedo de un planeta de la estrella llamada Sol, cerca... —el joven vaciló, buscando un punto de referencia en la Galaxia. y agregó, habiéndolo hallado—: cerca de Centauro.

—Ah —dijo Tuii—, ahora ya sé hacia dónde cae eso. Está bien, tú dirás qué es lo que hemos de hacer.

Juan iba a contestar a Tuii, pero en aquel momento se dio cuenta de un detalle harto desagradable. Muchos de los prisioneros, intercambiando comentarios en voz baja, se alejaban, disgregándose en pequeños grupos. Neya se lo hizo notar.

—Mira, Juan, se van. ¿Por qué no los detienes?

El joven iba a hacer algo, pero Tuii se interpuso.

—Déjalos. No obligues a nadie a ir contigo, Juan. Los que quieran seguirte, como yo, que lo hagan por su propia voluntad. Si ellos quieren buscarse la suerte por sí mismos, ¿para qué impedírselo?

—Pero... —empezó a decir el joven.

Pero se calló en el acto. Tuii tenía razón. Aquellos seres estaban ya fuera de sus jaulas y, por lo visto, no habían apetecido más. Parecían estar muy seguros de su futuro o éste importarles muy poco.

Se volvió y se vio rodeado por apenas una docena de fieles, Sonrió amargamente.

—Nunca me hice ilusiones de ser un caudillo, por lo cual ahora no me

llevo ningún desengaño. Sólo me quedáis vosotros… y con vosotros espero tener suficiente para llegar a algún sitio donde podamos vivir en paz. No sé dónde se hallará este lugar, pero sí sé que, si luchamos y persistimos en nuestro empeño, llegaremos a él.

—No tienes más que decir y nosotros obedeceremos, Juan —dijo Grontha apasionadamente. Después añadió—: La lástima es no tener aquí a una docena de amigos míos; os llevaríamos volando sobre nuestros lomos.

Juan sonrió al oír las palabras de la mujer—murciélago.

—Gracias, Grontha. De todas formas, lo que debemos hacer ahora es buscar la salida de este parque y hallar un medio de alejarnos de la capital de Zorio, en tanto buscamos el medio de transporte hasta otro mundo, en el cual podamos establecernos y vivir pacíficamente, sin temer a nadie.

Neya asintió, y con ella les demás. Juan hizo un recuento de sus fuerzas, al mismo tiempo que conocía los nombres de los seres que habían quedado con él.

Aparte de Neya, Grontha y los dos tigres, estaban Hadz y Hadzia, quienes habían sido los primeros en unirse a él incondicionalmente, siendo nacidos en Pólux, Beta de los Gemelos. El hombre—pelota, Usho, de la nebulosa Trífida; otro matrimonio formado por dos habitantes de Merope, número 23 de las Pléyades, llamados Hir e Hiria, de constitución bípeda, pero con piel rugosa, como de piedra, formada por amplias escamas; otra pareja, con una morfología que recordaba vagamente la de los leones terrestres, y que atendían por los nombres de Rimur y Rimuria, nacidos en Deneb, Alfa del Cisne; y por último, un ser que parecía un tronco, del que emergían numerosos y flexibles tentáculos, semejando así un ciempiés que caminara erguido, y que atendía por el nombre de Bared, originario de la estrella Gamma de Hydra Macho, tales eran los originales compañeros de Juan, el cual, a veces, dudaba de su sano juicio y se decía si no se hallaría aún durmiendo en su nave, posada todavía en la Luna.

Pero el cálido contacto de la manecita de Neya, cuyos ojos le miraban cariciosamente, le hizo saber que estaba despierto, y bien despierto, y que tenía que enfrentarse con una realidad muy dura y difícil de conseguir: su libertad total y su vida.

—Está bien —dijo—. Vayámonos de aquí. Lo primero que hemos de hacer es buscar un medio de transporte que nos aleje cuanto antes de

la capital. ¿Alguno de vosotros conocéis la ciudad?

Usho, el hombre—pelota, dio unos cuantos saltos. Habló con voz chillona, que no se sabía exactamente de dónde salía.

—Yo —dijo—. Yo, que fui en mis tiempos embajador de mi planeta en este maldito Zorio. Seguidme y, a poco que la suerte nos acompañe, os prometo llevaros de aquí.

—¿Cómo piensas hacerlo, Usho? —inquirió Juan.

El interpelado dio un par de saltos más.

—Tendremos que apoderarnos de algunos de los vehículos que usan los zorionitas como primera medida.

—Eso quiere decir que hemos de utilizar primordialmente la astucia antes que la fuerza.

—Las dos cosas se pueden combinar, Juan —botó Usho, y sin más, la extraña comitiva se puso en marcha.

A la salida del parque, Juan se detuvo, contemplando el extraño panorama que tenía ante sí. Realmente, Zorio era un mundo muy extraño.

CAPÍTULO VI

En efecto era un mundo muy extraño, pensó Juan.

El zoo estaba situado en la cumbre de una colina, de suave pendiente, pero que dominaba ampliamente los alrededores, unida a la capital por una ancha cinta a modo de carretera, de unos tres kilómetros de longitud. La ciudad se veía a lo lejos, magnífica, esplendente, con grandiosos edificios que refulgían como colosales joyas de incalculable tamaño a la luz del rarísimo sol de aquel sistema. La colina estaba pelada, sin un árbol ni una planta tan siquiera, pero cubierta, en cambio, de una especie de suave césped de color violáceo, de un tono muy bello y agradable a la vista.

Pero, sin embargo, no era la visión del panorama lo que extrañaba a

Juan, sino la colosal estrella que alumbraba el cielo con sus rojizos fulgores y cuyo disco, asomando a medias por el horizonte aserrado por agudísimos picachos de enorme elevación, ocupaba gran parte de la zona visible. A la derecha del disco rojizo de la estrella, de bordes difusos, no bien definidos, se veía otra de color blanco, de no muy intenso brillo y muchísimo menor tamaño, aproximadamente como el Sol visto desde la Tierra, aunque ésta, siquiera fuera por pocos segundos, se la podía mirar de frente.

Súbitamente, un chispazo iluminó la mente de Juan. Ya había identificado la estrella que tanto le preocupaba. Era Mira, de la constelación de la Ballena, a 220 años de luz de la Tierra, llamada en otros tiempos la Maravillosa, por las alternativas de su brillo, que duraban unos once meses G.M.T. Mira parecía estar ahora en su fase más oscura, debido a la intensa coloración escarlata de su disco, que se advertía gaseoso, en estado de incandescencia, a simple vista, y el joven calculó la distancia que les separaba en unos 730 millones de kilómetros, hallándose su compañera blanca a unos 70 millones de kilómetros de distancia. Era un sorprendente espectáculo contemplar aquel sol, uno de los «Gigantes Rojos», a tan corta distancia, pero no era menos cierto que tampoco podía perder mucho tiempo en aquella actitud.

Les restantes cautivos del zoo habían desaparecido ya, incluso Tuii, y sólo quedaba en la entrada aquel grupo, formado por catorce seres, tan distintos unos de otros entre sí por su morfología. Los tigres parecían haber hecho muy buenas migas con Rimur y Rimuria, sin duda a causa de su forma aleonada, y charlaban animadamente.

Neya tocó el brazo del joven.

—Vamos, Juan; no podemos quedarnos eternamente aquí.

El joven sacudió la cabeza. Dio un paso hacia adelante, pero en aquel momento alguien lanzó un grito.

—¡Mirad! ¡Allí! ¡Vienen los zorionitas!

Juan miró en la dirección que señalaba Grontha, viendo dos o tres puntos negros que flotaban en el espacio y que aumentaban rápidamente de tamaño; se mordió los labios, tratando de buscar una escapatoria, pero no la halló, por más que buscó.

—No nos queda otro remedio que aguardar y defendernos como podamos —dijo—. Afortunadamente, la mayoría de nosotros tenemos látigos, lo cual hace que no estemos tan desarmados como parece.

Las navecillas se acercaron con fulmínea rapidez, divisándose muy pronto sus ocupantes, tres en cada una de ellas.

—Debe de ser una especie de vanguardia exploradora —sugirió Rimur, de Deneb.

—¿Por qué no vendrán más? —preguntó Usho.

El joven halló bien pronto la solución.

—Es de «noche» en la ciudad, ¿no lo recordáis? El parque se había quedado desierto de visitantes y sólo estaban en él los guardianes. La noticia de la sublevación habrá tardado bastante en extenderse y ahora vienen éstos a enterarse de lo que ocurre.

—¡Tengo una idea! —exclamó de pronto Grontha, la mujer—murciélago.

—¿A qué se refiere?

—A apoderarnos de esos vehículos. Nos serian muy útiles para emprender una fuga, con ciertas probabilidades de éxito.

—Pero no podemos elevarnos hasta ellos... — objetó Juan.

—Yo sí —exclamó Grontha triunfalmente, batiendo sus alas con grandes chasquidos—. Sin embargo, necesitaría un ayudante...

—Yo iré contigo —dijo Bared, el hombre ciempiés, agitando ominosamente sus tentáculos—. Me colocaré sobre tus espaldas y...

—¡De acuerdo! —gritó la mujer—murciélago—. Sube, pues.

Bared no se hizo rogar; en un segundo se instaló en los lomos de Grontha, la cual, batiendo sus enormes alas, tomó impulso y se elevó en el aire, con cierta pesadez al principio, a causa de la carga que llevaba, y más ágilmente después.

Los zorionitas se dieron cuenta del detalle y dispusieron sus aparatos de modo que envolvieran a la pareja voladora. Pero, una vez acostumbrada a la carga, Grontha voló como si no llevara nada a sus espaldas.

Durante unos momentos, los zorionitas revolotearon en torno a la mujer—murciélago, como estudiando la forma de atacarla mejor. De pronto, uno de los aparatos se precipitó sobre ella. Juan pudo ver perfectamente, a dos de los zorionitas en pie sobre el vehículo,

agitando sus respectivos látigos.

Grontha los dejó llegar hasta que estuvieron a cortísima distancia de ella; luego, en el último instante, se echó a un lado, mediante un vigoroso golpe de sus alas. El minúsculo avión pasó por su costado, en tanto que su conductor intentaba corregir el rumbo.

Grontha no le dejó conseguir sus propósitos; con una mano agitó el látigo, derribando a uno de los zorionitas, en tanto que una de sus alas, hábilmente manejada, decapitaba al otro. Bared, el ciempiés, como una visión de pesadilla, saltó sobre el aparato, aprisionando a su conductor con sus innumerables tentáculos.

El avión se tambaleó violentamente. Juan temió por la suerte del artefacto, pero unos segundos más tarde, Bared arrojó fuera al piloto, que se estrelló contra el suelo, con sordo choque,

Mientras tanto, Grontha, demostrando poseer un valor a toda prueba, se abalanzó sobre otro de los aparatos. Durante unos segundos, la mujer—murciélago y los zorionitas lucharon encarnizadamente, batiéndose a latigazos, pero los zorionitas carecían de las alas de Grontha, la cual, en cuanto tuvo ocasión, las usó con devastadores efectos. El aparato comenzó a caer, pero ella saltó en su interior, dominándolo y depositándolo con suavidad sobre el suelo.

Juan corrió hacia ella a grandes zancadas. Grontha se puso en pie, alargándole algo que tenía una vaga semejanza con una pistola.

—Úsala —le gritó—; es una desintegradora.

El joven vio junto a la empuñadura un botón a modo de gatillo. Levantó el arma, a punto, porque ya el tercer aparato se les echaba encima, en vuelo rasante, con el ánimo sin duda de derribarlos con el choque.

Una raya de cárdeno color partió de la boca del arma cuando Juan oprimió el botón. La nave se incendió en el acto, estallando con horrísono estrépito. Convertida en una bola de fuego, cayó al suelo, en donde terminó de consumirse con sus tres ocupantes.

Bared aterrizó poco después, junto al aparato de que Grontha se había apoderado. Los fugitivos lanzaron gritos de alegría y júbilo al ver que tenían ya medios de consumar la fuga.

Juan estudió el interior de los aparatos, hallando muy estrecha la cabina. Neya notó su preocupación.

—¿Temes que esto sea poco para todos? —inquirió.

—Somos catorce, y ellos venían tres en cada nave. Tendremos que ir muy apretados...

—Yo cedo mi puesto —dijo Grontha—, y además puedo llevar a uno de vosotros a la espalda. Uno que pese poco, por supuesto.

—Yo misma —se ofreció Neya voluntariamente.

Grontha aceptó.

—Llevaría a Bared, que es más liviano; pero se le necesita para pilotar uno de los aparatos.

—¿Y el otro?

Hadz se adelantó.

—Yo conozco su manejo. Puedo conducirlo tan bien como el más experimentado de los zorionitas.

—Pues entonces, no se hable más —dijo el joven.

—Cuanto antes salgamos de aquí, mejor para todos.

Neya se asió al cuello de Grontha, en tanto que el resto de los fugitivos, con grandes apreturas, se acomodaban en los dos aviones, cuya facilidad de maniobra era sorprendente. Ascendieron verticalmente, y luego marcharon en sentido horizontal, a buena altura, en dirección opuesta a la ciudad, de la cual salían en aquellos momentos más aparatos, sin duda con refuerzos para perseguir y dominar a los fugitivos.

Pero éstos se alejaron con grandísima rapidez, perdiendo de vista la ciudad en contados minutos. Grontha volaba a corta distancia del aparato en el que viajaba Juan, batiendo rítmicamente el aire con sus enormes alas, sin dar la menor señal de cansancio, y Neya, sobre ella, miraba de vez en cuando al joven, sonriéndole como para tranquilizarle y darle ánimos.

El suelo se deslizó velozmente bajo ellos. Una enorme zona boscosa, impenetrable, apareció a lo lejos, siendo alcanzada con rapidez. El bosque era extensísimo, y tardaron mucho rato en rebasarlo. Cuando esto ocurrió, el suelo apareció árido, pelado, sin la menor señal de vida en su superficie, lleno de múltiples accidentes, que hablaban de

antiquísimas y colosales convulsiones geológicas en aquel punto.

Tuvieron que ganar altura, pues una enorme cadena de montañas les cerraba el paso. Juan empezó a sentir frío, y los tigres, acostumbrados a climas más cálidos, tiritaron. Pero no había otro remedio que pasar al otro lado de aquella cordillera, cuyas cumbres aparecían blancas a causa de las nieves que las cubrían.

Durante largo tiempo volaron sobre un impresionante fondo de agujas montañosas. Luego, poco a poco, la altitud de la cordillera declinó y las nieves comenzaron a desaparecer. La temperatura subió un poco, aliviando así de su tormento a los fugitivos.

Grontha y los aviones perdieron altura. Todavía era muy montuoso el terreno, pero de mucha menor altitud que la cordillera, y sin que en él se viera apenas signo de vegetación y, por descontado, ningún ser viviente.

Ya habían pasado varias horas desde su partida de la capital zorionita, cuando de pronto, la aguda vista de Juan captó a lo lejos el plateado destello de uña corriente de agua. Bared era su piloto y el joven le dio una orden.

—Aterriza junto al río, Bared. Hemos de hacer un descanso, y además conviene discutir la situación.

El ciempiés asintió, haciendo que el aparato perdiera altura. Grontha se percató de la maniobra, y le imitó.

Unos minutos más tarde se hallaban a la orilla del río, cuya anchura no era muy grande. Sin embargo, la corriente fluía en el fondo de un estrecho cañón, de escarpadas paredes, casi verticales, cuyo término estaba a unos quinientos metros de altura, pareciendo, por efectos de la perspectiva, que iban a tocarse allá arriba, dejando ver apenas una estrecha línea de color azul violeta que era el cielo de Zorio.

Los aparatos aterrizaron en un pequeño espacio libre que había junto al río. Entumecidos por la prolongada inmovilidad y el apretujamiento en que habían viajado, los prisioneros saltaron al suelo, haciendo unas cuantas flexiones a fin de recobrar la perdida estabilidad de sus miembros. El aire era puro, perfectamente respirable, soplando con débil fuerza, y la temperatura, aunque fresca, podía soportarse perfectamente.

Pero aquel río corría por un lugar en que apenas si había otra vida que unos cuantos vegetales raquíticos y, en las escarpaduras del cañón,

algunos troncos de árboles, ya muertos, y cuyas descarnadas ramas asomaban por sus paredes. Cuando todos estuvieron repuestos, en especial Grontha, que era la más fatigada, Juan les reunió, haciéndolos sentar en torno suyo.

—Puede decirse —comenzó— que ya hemos alcanzado la primera etapa, la cual no puede calificarse de más difícil que las demás. Y digo esto porque, para alcanzar nuestra completa libertad, estimo necesario nuestra llegada a un mundo que se vea libre de la amenaza zorionita, y en el cual podamos vivir en paz, sin temor a nadie, y desarrollándonos en completa armonía todos nosotros, cualquiera que sea la raza galáctica a que pertenezcamos, sin que nadie, por razón de su origen, pueda creerse superior a los demás.

—Unas palabras muy acertadas —comentó Rimur—. Pero ¿qué podemos hacer para llegar a esa segunda parte, Juan?

—Para eso estamos aquí catorce seres, con catorce cerebros dispuestos a pensar una solución que nos satisfaga a todos por lo beneficiosa.

«Pijama» se atusó los bigotes.

—Todo eso está muy bien, pero os olvidáis, sin embargo, del problema principal.

Las miradas de los fugitivos convergieron unánimemente en el tigre.

—¿Cuál es ese problema, «Pijama»?—inquirió Juan.

—La comida —laconizó el felino.

Un intenso silencio sucedió a la anterior frase. «Pijama» tenía razón.

—Por mi parte, la cuestión alimenticia podría estar resuelta... si esos zorionitas no me hubieran civilizado. Ahora de fiera no tengo más que la figura y, claro, no voy a sobrevivir a costa de vuestros pellejos. Pero es necesario alimentarnos o de lo contrario nos veremos obligados a entregarnos mansamente, como corderos, a esos tipos. Cosa que —concluyó el tigre— ninguno de vosotros deseáis; ¿no es cierto?

El asentimiento fue general, pero silencioso. «Pijama» había hablado con gran sensatez, y aquel lugar no parecía muy adecuado para hallar en él el menor síntoma de plantas o animales que les pudieran servir de alimento.

Juan miró tristemente la pistola desintegrante que tenía en la mano.

—Es evidente —murmuró— que los zorionitas no quisieron utilizarlas contra nosotros. Seguramente nos querían vivos, para encerrarnos de nuevo en el zoo.

—Así es —afirmó Grontha—. Pero esa pistola de nada te sirve si topas con algún animal comestible, porque lo carbonizarías instantáneamente.

—Muy bien —dijo el joven—, y como, de momento, nos conviene descansar, porque no hay que olvidar que salimos del zoo de «noche», propongo que nos echemos a dormir unas cuantas horas, hasta que mañana podamos continuar el viaje. ¿Se aprueba la propuesta?

Hubo un asentimiento general, y los fugitivos se esparcieron en busca de un lugar adecuado para su descanso. Juan limpió de piedras un espacio en el que colocó a la muchacha, mirándola luego con gesto animoso.

—Hasta dentro de unas horas no empezaremos a sentir el aguijón del hambre, y sé de gente que ha aguantado varios días sin comer. ¿Por qué no vamos a poder hacer nosotros lo mismo, Neya?

—Tienes razón, Juan —contestó ella—. De todas formas, ocurra lo que ocurra, no estoy dispuesta a ser encerrada más.

—Me alegro de que pienses igual que yo. Anda, duerme y descansa.

El joven se echó unos pasos más allá y, aunque en un principio trató de buscar una solución a los diferentes problemas que le preocupaban, el cansancio pudo más que él y acabó por quedarse dormido.

Despertó varias horas más tarde, dándose cuenta de que la mayoría de sus compañeros estaban ya en pie. Algunos de ellos se bañaban en el río, y Juan se disponía a imitarlos, buscando un sitio apartado desde el que no pudiera ser visto, cuando, de pronto, echó una persona de menos.

—¿Dónde está Grontha? —preguntó, sin dirigirse a nadie en general.

«Marisa» le dio la respuesta.

—La vi salir volando esta mañana, muy temprano.

—¿Hacia dónde fue?

La tigresa hizo un gesto vago.

—Por allá arriba —dijo—. No sé más.

Hondamente preocupado, Juan se acercó al río y se bañó tras un grupo de rocas que le ocultaron a la vista de sus compañeros. La frescura del agua le tonificó notablemente, pero tuvo también la virtud de abrirle el apetito, ante lo cual masculló unas cuantas interjecciones en voz baja. Se secó y se vistió a continuación; y tras unos sorbos de aquella agua como único desayuno, se acercó a Neya, la cual acababa de hacer algo muy parecido en otro recodo del río.

La muchacha estaba encantadora, recién lavada, con el largo cabello recogido en un apretado moño en su nuca. Le miró, sonriente, pero inquisitivamente.

Preguntó:

—¿Algo de nuevo, Juan?

El joven meneó la cabeza. Estaba preocupado, sin poder precisar de qué.

—Nada, excepto que falta Grontha y que no sé dónde se ha ido.

En aquel momento alguien gritó:

—¡Ahí viene!

Los ojos de los fugitivos se volvieron ansiosamente hacia el punto señalado por Hadz, que era quien había gritado. Grontha descendía en rápidos círculos, batiendo las alas suavemente para disminuir la velocidad de su caída.

Unos segundos más tarde, posaba sus pies en el suelo, siendo rodeada instantáneamente por los fugitivos. Grontha tomó aliento y luego exclamó:

—He hallado un lugar donde podemos vivir tranquilamente una temporada y alimentarnos en abundancia, además.

—¿Dónde está? —inquirió Juan.

El dedo índice de la mujer—murciélago señaló hacia arriba.

—Al otro lado de este muro —dijo—. No sé cómo no lo vimos ayer, aunque acaso se deba a que está un poco distante. Pero con los aparatos podremos llegar en poco tiempo.

—Bien, pues no lo perdamos más. Dirijámonos allá, y entonces resolveremos nuestra difícil situación.

Los evadidos se encaminaron hacia los aparatos, trepando al interior de sus carlingas. Pero apenas lo habían hecho, Bared dijo algo que les llenó a todos de un lógico desconsuelo.

—¡No hay combustible en los depósitos! ¡No podríamos remontar ni cien metros!

CAPÍTULO VII

El joven Juan echó una mirada hacia lo alto. El borde superior del farallón distaba medio kilómetro al menos, y no era de presumir que Grontha tuviese las fuerzas suficientes para hacer los viajes necesarios que eran precisos para subir a todos los evadidos allá arriba. Por otra parte, algunos, él mismo, eran muy pesados y constituirían una carga imposible de soportar aun por un ser tan fuerte como era la mujer—murciélago. Las largas semanas de encierro habían hecho aumentar el peso de Juan en diez kilos al menos, de modo que ahora debía andar bordeando los noventa, sin contar los meropianos, Hir e Hiria, cuya rocosa epidermis les debía hacer, sin duda, muy pesados también. Y esto, pensó el joven, sin contar con la forma esférica de Usho, que le impedía asirse a nada que no estuviera especialmente diseñado a su extraña anatomía. Los brazos del ser de Trífida no alcanzarían nunca el cuello de Grontha, y los de ésta no podrían rodear totalmente la esfera que era su cuerpo, corriendo el riesgo de que se le escapara de las manos y cayera al abismo, con las consecuencias fáciles de suponer. No, la mujer—murciélago podría transportar únicamente a Neya y al ciempiés y, acaso, haciendo un soberano esfuerzo, a Hadz y Hadzia, de constitución casi humana y aparentemente frágiles.

Neya adivinó lo que pasaba por su mente.

—No nos puede subir a todos hasta allá arriba, ¿verdad?

El joven asintió en silencio. Grontha habló entonces.

—Bueno, todo es cuestión de paciencia. Si me dejáis, yo...

—Ni hablar —contestó Juan—; te fatigarías demasiado, y correrías el riesgo de no poder remontarte los últimos viajes. Además, ¿podrías con los tigres? Cada uno de éstos pesa al menos doscientos kilos, y luego están los denebolanos, que son aún más pesados. ¿Seríamos capaces de dejarlos aquí, solamente porque no puedes cargar con ellos?

Grontha sacudió la cabeza.

—No, claro que no.

—Pues entonces, no se hable más. Ya que los aparatos carecen de combustible, buscaremos otra solución.

—¿Cuál? —inquirió Neya.

La mano del joven señaló el río.

—Ahí la tienes —dijo—. El río nos llevará a un punto donde esta garganta se acabe y se convierta en terreno más o menos llano, que nos permita llegar al sitio donde Grontha nos ha prometido hallar alimento.

—A mi ya se me está removiendo el estómago demasiado —gruñó «Marisa».

—Ten un poco de paciencia —dijo Juan—. Vamos a caminar inmediatamente, sin perder un segundo. Grontha, del borde del cañón al lugar que indicaste, ¿qué distancia hay? ¿Cuánto tardaríamos en recorrerla a pie?

La mujer—murciélago hizo un rápido cálculo.

—Un par de horas, a lo sumo —repuso.

—Está bien. Y como no sabemos la longitud de esta hondonada, vámonos ahora mismo. No os olvidéis de las armas; acaso tengamos que utilizarlas de nuevo.

Los compañeros de Juan asintieron y, sin más objeciones, la comitiva, encabezada por los tigres, se puso en marcha, siguiendo el irregular curso del río.

El trozo recto de la colosal cañada en que se hallaban concluyó bien pronto, transformándose en una línea quebrada, muy irregular, y que no permitía prevenir, al llegar al final de cada curva, cuál sería el

sentido de la próxima. Así caminaron por espacio de más de una hora, teniendo que mojarse los pies con alguna frecuencia, a causa de los repentinos estrechamientos del cañón, cuando de pronto, sin nada que lo hiciera presagiar, llegaron al término del mismo.

Pero entonces se sintieron todos enormemente defraudados: ¡El cañón no tenía salida!

Juan se pasó las manos por la frente, como si quisiera despejársela de alguna visión de pesadilla. No, era imposible seguir adelante. La garganta concluía en un callejón de salida, cuya pared transversal final era otro muro tan alto y tan escarpado como los dos de los flancos. En cuanto al río, tenía su desagüe en una especie de túnel, labrado con el paso de los siglos y cuyo techo estaba casi al nivel del liquido, permitiendo a un hipotético nadador, sacar apenas la cabeza fuera del agua.

Hubo una serie de defraudadas exclamaciones, y algunos de los evadidos desanimados, se sentaron o se tendieron en el suelo, según su constitución. Juan no se atrevió a mirarlos siquiera, sintiéndose responsable de todo aquello.

La mano de Neya se posó sobre su hombro.

—Tú no eres el culpable —murmuró la muchacha—. En realidad, has hecho todo cuanto has podido por nosotros.

—Es cierto —exclamó vehementemente Grontha—. ¿Quién iba a pensar que esta cañada fuera un callejón sin salida? Vamos, no os dejéis desanimar; retrocedamos y buscaremos el otro extremo del cañón.

—Eso es —accedió Neya—. Y cuanto antes lo hagamos, mejor para todos.

Pero el otro extremo del cañón, al que llegaron tres horas más tarde, rendidos y aspeados, teniendo en cuenta que habían caminado en sentido ascendente, era exactamente igual al anterior. El río aparecía por un túnel, brotando con tremendo ímpetu, que se diluía a unos cuantos metros de su salida, a causa de la estrechez de ésta y, aunque a causa del desnivel, la distancia entre el suelo y el borde de los muros era unos cincuenta o sesenta metros con el lado opuesto, seguían quedando unos cuatrocientos metros hasta arriba, espacio que Juan reputaba como insalvable.

Cansados, fatigados, exhaustos, se dejaron caer en el suelo, tratando

de recuperar el aliento y el ánimo, perdidos ambos a causa de la caminata y la decepción que habían sufrido. Durante unos momentos, no se oyó allí el menor rumor.

Al cabo de unos momentos, Juan se puso en pie, mirando a sus compañeros.

—Os debo mis excusas, amigos —dijo—. Yo he sido quien os ha traído aquí y debiera ser quien os sacara de este atolladero, pero, francamente, me siento incapaz. Es decir, hay una solución, sí —añadió, echando hacia atrás su cabeza y mirando a lo alto—, pero no me atrevo a proponérosla. De estar yo solo, la habría adoptado inmediatamente, sin dudar un instante.

—Trepar por el farallón, ¿no es eso? —dijo Neya.

El joven asintió.

—Yo iré contigo —dijo la muchacha vivamente, con acento sincero.

—Ese paredón no es precisamente uno de los árboles de mi jungla natal —observó «Marisa», entre gruñido y gruñido.

—Yo no puedo subir dando botes —objetó Usho.

—Pero te subiré yo en mis brazos —dijo la mujer—murciélago.

—De mí puedes olvidarte —adujo Bared, el ciempiés, y Juan no tuvo la menor duda de que era el más capacitado para la difícil ascensión que les aguardaba.

Los demás acabaron por asentir. A fin de cuentas, no podían quedarse allí eternamente, en aquella sima sin salida, y en la que únicamente tenían el agua como elemento aprovechable para la vida.

Grontha trató de resumir la situación.

—Y cuanto más tardemos en llegar arriba, más tardaremos en llenar nuestros estómagos. ¡Vamos, muchachos! Neya, sube a mis espaldas.

La muchacha dio un paso atrás.

—No. Primero Usho.

—¿Por qué?

—Él pesa mucho más que yo y, además, el viaje te va a ser mucho más

difícil. Si te fallaran las fuerzas, siempre podríamos agarrarnos a algún saliente del muro, cosa que ahora no puede suceder hallándote descansada. Sube a Usho primero.

El hombre—pelota alargó los tentáculos que le servían de brazos para que Grontha le tomara por ellos. Entre dos o tres de los fugitivos lo levantaron del suelo, izándolo sobre sus cabezas todo cuanto podían, con el fin de facilitar a Grontha su tarea.

La mujer—murciélago levantó el vuelo, sola, por el momento, aleteando con el fin de tomar impulso. Se separó unos cuantos metros, y luego viró en redondo.

—¡Los brazos, Usho! —gritó, cayendo raudamente sobre el nombre—pelota.

Éste los estiró todo cuanto pudo, y las fuertes manos de Grontha lo tomaron por las «muñecas», levantándolo un par de metros en el aire, a causa del impulso adquirido. Las alas de la mujer batieron ruidosamente el aire, con ritmo cada vez más creciente, y aunque vaciló en una ocasión, de tal modo que parecía iba a perder la estabilidad, consiguió remontarse, aunque con notorias dificultades, debido al gran peso de Usho. Pero, en pocos momentos consiguió llegar a la cima, y tras un breve descanso, volvió abajo, cuando ya el resto había iniciado la ascensión.

Neya fue la segunda a quien se llevó Grontha, la cual, con un espíritu de compañerismo realmente encomiable, hizo todos cuantos viajes le fue posible. Pero al fin, de modo obligatorio, se vio en la precisión de suspenderlos, ya que los que quedaban eran demasiado pesados para sus ya mermadas fuerzas. A cien metros del suelo quedaron Juan, los tigres, Rimur y su pareja y los meropianos, Hir e Hiria. Los siete, pues Bared, a causa de su especial constitución, avanzaba muy aprisa y casi estaba, llegando ya al fin de su viaje, continuaron subiendo, luchando denodadamente con las dificultades cada vez más crecientes de aquella peligrosísima ascensión.

Juan y los meropianos iban en cabeza, facilitando el camino a los que les seguían. El joven utilizaba en más de una ocasión el mango de su látigo, de durísimo metal, para golpear el muro y hacer así algunas muescas o hendeduras en las que sus compañeros pudieran asirse. Así, con infinitos esfuerzos, que los fatigaron enormemente, llegaron a un punto situado aproximadamente a un tercio del total del camino a recorrer.

En aquel lugar había una especie de rellano o escalón, en el que los fugitivos, muy cansados, se tumbaron a descansar. Grontha bajó hasta allí, conversando con ellos para darles ánimos.

Al cabo de un rato, Juan decidió reanudar la ascensión. Se puso en pie mirando una vez más hacia arriba. No quiso volver la vista hacia abajo, pues el solo espectáculo del río, corriendo a casi trescientos metros a sus pies, convertido en una delgada cinta de plata, infundía vértigo.

—Y yo que tachaba de chiflados a los alpinistas —mascculló el joven amargamente, lamentando no haber practicado tal deporte en sus días terrestres.

—¿Quieres que te suba? — se ofreció Grontha.

El joven denegó con la cabeza. Le hubiera parecido una traición abandonar a sus compañeros en aquel lugar, y quería correr los mismos peligros de ellos. Le hubiera parecido una falta de lealtad, que no se hubiera perdonado nunca.

Reanudaron la ascensión, ahora con más dificultades, puesto que el muro era mucho más liso en aquel punto y apenas si había algún lugar donde asirse. Tenían que ganar terreno con infinitas dificultades, asentando sólidamente el pie antes de dar el siguiente paso. En la tesitura en que se hallaban no podían permitirse un solo fallo; habría sido la muerte irremediable, estrellados contra las rocas del fondo.

De pronto, cuando ya les faltaban apenas unos cincuenta metros, alguien lanzó un agudo grito, cuyos ecos se expandieron fatídicamente por los muros del cañón.

—¡Los zorionitas!

Juan se volvió rápidamente, olvidando el lugar en que estaba. El pie derecho le, resbaló. Perdió su punto de apoyo y, sin poderlo evitar, se vio precipitado al abismo.

Oyó vagamente un grito de terror, proferido por una garganta humana allá arriba, en lo alto. Chocó contra una roca con terrorífica violencia y salió despedido hacia el centro de la cañada, describiendo una enorme curva parabólica cuyo fin estaba en el centro del río.

El joven se notó voltear rápidamente, al mismo tiempo que veía desfilar ante sí, con velocidad de vértigo, los muros del cañón, los cuales, por un efecto óptico fácilmente comprensible, parecían

ascender rapidísimamente. La grieta de separación entre los farallones se estrechó enormemente en contados segundos.

El viento silbó atronadoramente en los oídos de Juan. Pese a todo, conservó intacto el conocimiento, diciéndose que su muerte no sería más dolorosa que otra cualquiera de efectos instantáneos. Un tremendo choque contra el suelo… ¡y listo!

El fondo del cañón se le aproximaba velocísimamente. Juan se dijo que ya no le quedaban sino contados segundos de vida, y aquéllos se los dedicó a Neya. El bramido del viento aumentó considerablemente de potencia.

Súbitamente, una sombra oscura apareció sobre su cabeza.

—¿Es la Muerte que viene ya a reclamar su presa? —murmuró para sí el joven, desvariando ligeramente.

Pero no, no era el siniestro personaje que Juan había mencionado, sino Grontha, la cual, al verlo perder pie, se habla lanzado tras él, con irreprimible impulso. Sin embargo, no lo hubiera alcanzado de no haberse ayudado con la enorme potencia de sus alas, las cuales le colocaron junto al joven en aquel cortísimo espacio de tiempo.

Los brazos de Grontha rodearon el cuerpo del joven por debajo de los brazos. Juan oyó la voz de la mujer que le recomendaba calma y serenidad.

—Tú no hagas nada, Juan. Ni el menor movimiento. Déjame a mí y nos salvaremos los dos.

Juan asintió en silencio, notando que la velocidad de su caída se reducía un tanto. Naturalmente, Grontha no iba a frenar bruscamente, pues hubiera corrido el peligro de que se dislocaran las alas, en el punto de unión con el cuerpo. Lo que hizo fue tomar impulso hacia adelante, describiendo una amplísima curva que separó a ambos de la vertical de la caída.

El viento rugió en los oídos del joven, al mismo tiempo que oía los desesperados aleteos de Grontha, la cual luchaba con todas sus fuerzas contra la fuerza gravitatoria de Zorio. Juan empezó a pensar que la mujer—murciélago no conseguiría sus fines, pero al fin notó con no poco alivio que el vuelo de ésta era ya completamente horizontal.

Dejándose llevar por la inercia de la caída, Grontha voló unos centenares de metros, recorridos en escasos segundos, paralelamente

al lecho del río, del cual apenas si les separaba una docena de metros. Juan se sintió helado de terror al pensar que había escapada de la muerte por un pelo.

A continuación, Grontha emprendió el ascenso. Lógicamente, hubo de tardar mucho más, pero al fin, y aunque no sin realizar un notable esfuerzo en los últimos metros, depositó al joven en el suelo, cayendo ella al lado, completamente exhausta.

Neya se arrojó sobre el joven y lo abrazó estrechamente.

—¡Oh, Juan, Juan! —sollozó, no creyendo aún en la salvación del terrestre—. Te vi muerto ya, allá abajo, destrozado… Es milagroso que…

El joven la acarició tiernamente las mejillas.

—No ha sido ningún milagro, aunque bien lo ha parecido. Ha sido Grontha… ¡Diablos! Si todavía no le he dado las gracias.

Desasiéndose suavemente de la muchacha, Juan se arrodilló al lado de la mujer—murciélago, la cual trataba de recuperar el aliento perdido en la difícil maniobra que se había visto obligada a realizar para salvar la vida de Juan.

—No olvidaré nunca lo que has hecho por mí —dijo éste, tomándole una de sus manos—. Arriesgaste tu vida por salvar la mía, y desde ahora, te pertenece.

Grontha sonrió, evidentemente halagada.

—Gracias, Juan…, pero no se te ocurra repetir eso estando Neya. Tu vida es de ella…, y la mía también. No hice otra cosa que devolverte el favor que me hiciste al darme ocasión de vengar a mi amado Gronth y liberarme a mí de la abyecta esclavitud en que nos habían sumido esos malditos zorionitas.

—No digas eso, Grontha. Lo importante ahora es que descanses y te repongas. En cuanto te encuentres en condiciones, continuaremos el camino, y tú nos guiarás.

Grontha asintió, en el momento en que los últimos fugitivos trepaban a la cima, concluido su ascenso. Los tigres echaron a correr, saltando alegremente, y frotándose contra los costados de Juan,

—Estás vivo, ¡demonios! —exclamó «Pijama» la mar de satisfecho.

—Te vi convertido en una tortilla —dijo «Marisa»—. La verdad, eso que hizo Grontha merece un aplauso sincero de todos nosotros.

—Gracias —murmuró el joven, quien en aquel momento recordó una cosa: La exclamación que, haciéndole volver descuidadamente, provocó la pérdida de su equilibrio.

—¿Quién habló antes de los zorionitas? — preguntó.

Hir dio un pasó hacia adelante.

—Yo —dijo—, y siento que mi grito haya sido la causa de tu caída. No podré perdonármelo nunca.

—¡Bah! No te preocupes por ello. Pero dime, ¿es cierto que viste a los zorionitas?

—Sí, y mi esposa también —contestó Hir sin vacilar—. Era un aparato tan sólo, el cual se detuvo a gran distancia de nosotros, dando unas cuantas vueltas en círculo, antes de retirarse a los pocos minutos.

—Debe de ser sin duda alguna de las naves exploradoras que andan a la busca de fugitivos. Ahora nos han localizado a nosotros y no tardarán en acercarse a este lugar.

—Por todo lo cual —dijo Neya—, es preciso que reanudemos la marcha cuanto antes. Si pudiéramos borrar nuestras huellas…

—Eso es verdaderamente difícil —objetó Hadz—, a causa de nuestras armas. Si nos desprendemos de ellas, quedaremos inermes. Y en caso contrario, las localizarían rápidamente merced a los detectores.

—Con detectores o no —dijo el joven con firme decisión—, yo no pienso quedarme desarmado. ¡Vamos, en marcha!

La extraña comitiva, formada por catorce seres tan diferentes entre sí, reemprendió el camino, siguiendo la dirección indicada por Grontha. Tardaron mucho tiempo en dejar las tierras áridas y llegar, por fin, al lugar que la mujer—murciélago les señalara. Y Juan vio que Grontha habla tenido razón.

Era una especie de colosal cuenco o cráter, de unos treinta o más kilómetros de diámetro, lleno todo él de una lujuriante vegetación, a través de la cual se veían pulular diversos animales cuyas formas podían ser raras y extrañas, pero que sin duda alguna tenían que ser comestibles. Antes de que Juan pudiera trazar un plan de caza, la

pareja de felinos, siguiendo sus ancestrales instintos, empezó a deslizarse hacia la cercana selva.

CAPÍTULO VIII

Recostado en el tronco de un árbol, Juan descansaba, satisfecho de la comida que había hecho, galantemente facilitada por los dos tigres, para los cuales había sido cosa fácil capturar un par de presas que, convenientemente asadas en un fuego que habían encendido junto a un arroyo, habían servido de alimento para la mayoría de los evadidos. De éstos, solamente Usho y Bared, por su especial constitución, habían rehusado comer de la carne de los animales capturados, pero habían buscado en el bosque plantas y frutas que resultaron adecuadas a su régimen alimenticio, recobrando así las fuerzas perdidas.

Todas aquellas aventuras les habían ocurrido en el lapso de un día terrestre, de modo que, según calculó Juan, debía de ser hora ya de descansar. Sus compañeros aceptaron la proposición, no sin establecer unos turnos de guardia. El joven se ofreció voluntario para desempeñar el primero. Los evadidos, pues, buscaron el descanso, y Juan se alejó unos cuantos metros de allí, buscando un lugar despejado, desde el cual pudiera observar el cielo, y se sentó en el suelo, lamentando no tener a mano un cigarrillo con el cual entretener parte de la guardia.

Un buen rato después, vio una silueta que se le aproximaba: era Neya.

—¿Por qué no duermes? —le preguntó el joven.

—No podía, Juan; el sueño se negaba a cerrar mis párpados.

—¿Preocupada?

La joven asintió en silencio.

—¿Por qué? —preguntó el terrestre.

—Nuestra situación, Juan —dijo ella sin rodeos—. ¿Crees que podremos vivir aquí mucho tiempo sin ser descubiertos?

—No lo sé. Es muy probable que no, a decir verdad. Los zorionitas nos han descubierto, y para ellos será un juego de niños adivinar que estamos en el bosque. Si no tuvieran detectores, la vegetación podría ocultarnos fácilmente, pero así…

—Se me ocurre una idea, Juan. Es descabellada…

—Las ideas descabelladas suelen tener éxito, si se las pone en práctica con un poco de decisión y audacia. Dime, ¿de qué se trata, Neya?

—De volver a la capital, Juan.

—¿Volver… a la capital? Sería nuestra ruina.

—Pero… ¿y si lográramos apoderarnos de alguna nave espacial en el aeropuerto? Podríamos salir de aquí, de este planeta, cosa que ahora no podemos hacer.

—Olvidas que yo no soy astronauta… bueno, no lo suficientemente apto para manejar uno de esos aparatos que, según juzgo, pueden recorrer distancias inconmensurables, como son las que separan a las estrellas entre sí en brevísimos espacios de tiempo.

—Pero alguno de los otros quizá sí sepa.

—De todas formas —meneó Juan la cabeza con aire pesimista—, es imposible. En Zorio falta el elemento principal para una empresa de tal índole, como es la sorpresa.

—¿A qué elemento te refieres?

—A la noche. Aquí no hay noche, en la que nos podamos ocultar entre sus sombras, y además queda, por ejemplo, la cuestión de nuestro aspecto físico, bien distinto por cierto del de los zorionitas. Esto, sin contar la distancia que nos separa de la capital, la cual nos llevaría demasiado tiempo, con la consiguiente pérdida de fuerzas, que lógicamente redundarla en nuestro perjuicio llegado el momento de la acción.

—Es cierto, tienes razón —murmuró ella contrita—. Dispénsame, Juan.

—¿Por qué? —rió él, jubiloso—. Es lógico que hayas querido intentar hallar una escapatoria de este condenado planeta. Pero no es tuya la culpa si no se puede hallar.

—Y entonces, Juan, ¿qué hacer? ¿Resignarnos a quedarnos aquí hasta que nos capturen?

El joven crispó sus puños.

—No lo sé. Francamente, de momento no veo ninguna solución, ¿seria solución continuar la huida una vez hubiéramos descansado? Podríamos dejar las armas para evitar todo aquello que sirviera a nuestros enemigos para localizarnos por medio de nuestros detectores. Pero, ¿vamos a estar huyendo eternamente, en un país desconocido y hostil para nosotros?

—Es verdad que tampoco podemos quedarnos aquí —dijo Juan—. Es un dilema de muy, muy difícil solución y, francamente, por el momento, me siento incapaz de hallarla. Verdaderamente, Neya, hay momentos en que pienso si no hubiera sido mejor resignarnos a nuestra triste suerte y quedarnos allí, encerrados para el resto de nuestros días.

—¡Jamás! ¡Eso nunca! —dijo ella con repentina energía—. Está bien hecho lo que hemos hecho, cualesquiera que sean las consecuencias que nuestra acción pueda acarrearnos. De mí, Juan, te diré que no pienso volver viva a aquella odiosa jaula.

El joven tomó la mano de la muchacha y la besó suavemente.

—Así me gusta oírte hablar… y así me gusta oír hablar a mi futura esposa.

Neya enrojeció vivísimamente al oír aquellas palabras.

—¡Oh, Juan! —murmuró, enormemente conmovida, y no pudo añadir más, porque en aquel momento sintió que su talle era rodeado por los brazos del joven.

La muchacha fue atraída hacia Juan y, sin la menor resistencia, alzó la cabeza, ofreciendo sus labios para el primer beso de amor. Pero, cuando ya las bocas de ambos iban a unirse, Neya advirtió que la vista de Juan se fijaba repentinamente en un punto situado a espaldas suyas.

—¿Qué ocurre? —inquirió, súbitamente alarmada.

Juan deshizo el abrazo.

—Los zorionitas —murmuró sordamente—. Ahí están; ¡míralos!

Neya se volvió, dirigiendo su vista hacia el punto que le señalaba el joven. A lo lejos, media docena de aparatos cuyo tamaño se agrandaba por momentos, se aproximaban rápidamente a aquel lugar.

—Despiértalos, pronto —dijo Juan, y la muchacha obedeció, poniendo sobre alerta a sus compañeros de evasión.

Bajo la frondosa copa de un árbol, los fugitivos deliberaron durante breves instantes.

—Es inútil huir —dijo Hadz—; nos han descubierto y nos alcanzarían en pocos momentos.

—Entonces —exclamó Juan, con inflamados tonos—, no nos queda más que un recurso: defendernos hasta la muerte.

—Estamos contigo —dijo Grontha, oprimiendo con fuerza el látigo que sostenía en una de sus manos.

Juan hizo rápidamente el recuento de sus armas. Tenían siete látigos y cuatro pistolas desintegrantes, de las que se habían apropiado en las navecillas robadas a los zorionitas.

—Tú puedes sernos muy útil, Grontha —dijo Juan—. Tendrás que llevar un látigo en una mano y una pistola en la otra.

—Y pobre del zorionita que se ponga a tiro —dijo ella siniestramente.

—Yo me quedaré con lo mismo, y los demás se repartirán el resto de las armas. En cuanto a los tigres, Rimur y su pareja y Usho y Bared, se refugiarán como puedan, en espera del final de la lucha.

—Disiento de esa opinión —dijo Bared, moviendo ominosamente todos sus tentáculos—. Quiero que Grontha me lleve a lomos. Con que pueda saltar a una de sus naves, tengo más que suficiente.

—No te entiendo —murmuró Juan, mirando intrigado al erguido ciempiés.

Éste volvió a agitar los tentáculos, y el terrestre vio que de pronto los extremos de los mismos se aguzaban, adquiriendo al propio tiempo un color marrón obscuro, de siniestras tonalidades

A Juan le pareció que del lugar de donde salía la voz del ciempiés brotaba una risita sarcástica.

—Que procuren esos zorionitas evitar uno solo de estos pinchazos. Es

suficiente para matar a uno de ellos.

Juan no pudo evitar un estremecimiento. Grontha masculló algo entre dientes.

—Si te he de llevar a mis costillas, esconde esos pinchos —gruñó; y el ciempiés, riendo de nuevo, hizo en un corto segundo lo que le decían.

Los aparatos se acercaron rápidamente, comenzando a describir círculos en torno a los fugitivos, quienes, prudentemente, se refugiaron bajo la copa de los árboles. Las navecillas descendieron hasta el punto de que sus ocupantes se divisaban perfectamente, y Juan frenó los impulsos de uno de sus compañeros, quien ya levantaba la mano armada con una pistola desintegrante.

—Quieto, Hadz. Deja que ellos sean los primeros; así descubriremos su juego.

Hubo unos momentos de tenso silencio, durante los cuales sólo se oyó el leve rumor de la brisa al pasar por entre las hojas de los árboles.

De pronto, una fuerte voz, brotando de un megáfono, rompió el silencio.

—Estas palabras son para ti, Juan de la Tierra. Escúchalas con atención y medita sobre las proposiciones que tenemos que hacerte.

La voz, que Juan reconoció como la misma que le hablara recién llegado al zoo de aquel extraño planeta, continuó tras una breve pausa:

—Eres un hombre inteligente, tanto, que sólo uno como tú podría haber organizado un plan de fuga con tantas probabilidades de éxito como el que emprendiste. Pero, puesto que eres inteligente, Juan de la Tierra, debes comprender asimismo que has llegado al límite de tus posibilidades. No puedes, no podéis pasar de aquí, y eso lo sabes bien. Estáis cercados y no tenéis la menor escapatoria.

»Os conviene entregaros y os prometemos respetar vuestras vidas, Juan. A ti y a Neya os daremos una recompensa adecuada si convencéis a vuestros compañeros de la imposibilidad en que se encuentran de seguir adelante. Esta recompensa es: ¡la libertad!

»Entrégate, Juan, y te juramos no hacerte a ti y a tus amigos el menor daño. De lo contrario... ¡Mirad!

Al callar la voz, todos miraron hacia arriba, buscando con la vista el lugar de donde sallan las palabras. Uno de los aparatos dio una repentina voltereta, y un par de cuerpos fueron proyectados violentamente al espacio, al mismo tiempo que se oían unos gritos agudísimos, en los cuales se encerraba todo el pavor y la desesperación de quienes se veían condenados irremisiblemente a una horrible muerte.

Dos cuerpos descendieron de lo alto, agitando aparatosamente brazos y piernas, estrellándose casi en el acto en el suelo, entre los árboles, con sordo choque.

Juan reconoció en uno de los caídos a Tuan, de Mizar de la Osa Mayor, que se había destrozado instantáneamente con la violencia del golpe. El otro era uno de los habitantes del zoo, evadido también y capturado posteriormente.

Una oleada de cólera hirvió en el pecho del joven. Sin poderse contener, salió fuera y, alzando la mano, disparó contra el aparato del que habían sido arrojados aquellos dos infelices. El impacto alcanzó de lleno a la navecilla, convirtiéndola instantáneamente en una masa de metal fundido que se precipitó a tierra con gran estruendo. Uno de los árboles fue alcanzado de lleno por el fuego, ardiendo con gran llamarada, cosa que no dejó de extrañar al joven.

Sin el menor temor, Juan permaneció en su puesto, sordo a las exhortaciones de Neya.

Alzó la voz, no sabiendo a ciencia cierta si iba a ser oído o no.

—¡Ésta es mi respuesta, miserables! Venid y buscadnos, si os sentís lo suficientemente valerosos para ello.

Apenas había hablado el joven, se vio obligado a dar un salto lateral, para esquivar un furioso disparo que le dirigían desde una de las naves y que calcinó la tierra en un radio de un par de metros. Corrió, buscando el refugio de los árboles, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Dispersaos y defendeos hasta morir!

Los evadidos hicieron lo que les decía el joven. Éste tomó el brazo de Neya, dándose cuenta de que Grontha había remontado el vuelo, llevando a Bared en sus espaldas. Los demás trataron de esquivar los furiosos disparos desintegrantes que les hacían los irritados zorionitas, la pérdida de cuya nave les había provocado aquel acceso de furor.

Delante de Juan iban los meropianos, Hir e Hiria, a unos veinte metros de distancia. Una de las naves, picando con agudísimo siseo, bajó al ras de las copas y, aprovechando el momento en que la pareja cruzaba un espacio descubierto, sus ocupantes soltaron una descarga que los hizo desaparecer instantáneamente, convertidos en sendas nubecillas de humo.

La cólera se desbordó en el pecho de Juan. Deteniéndose, se arrodilló, tomó puntería y soltó unos cuantos disparos en rapidísima sucesión. Una de sus descargas alcanzó al aparato por la popa, haciéndolo estallar violentamente y convirtiéndolo en una nube de fragmentos de metal que cayeron, ardiendo, desparramados por el suelo.

Por su parte, Grontha se remontó a gran altura, esquivando así mismo los disparos que se le hacían, cayendo luego sobre el primer aparato que se le puso a tiro, pero arremetiendo contra él por la parte de abajo tras una habilísima maniobra que la desenfiló de los tiros enemigos. A la mujer—murciélago le bastó oprimir una sola vez el disparador de su pistola para convertir el aparato en una bola de llamas que se precipitó instantáneamente a tierra.

Pero aún quedaban tres aparatos, los cuales se remontaron a gran distancia, agrupándose luego como si trataran de celebrar un consejo de guerra.

Juan empezó a temer por su suerte aunque, prudentemente, ocultó sus aprensiones a la muchacha.

Pero «Pijama» no quiso callar.

—Hasta ahora nos hemos salvado, pero me parece que estos tipos nos van a fastidiar.

Neya palideció, oprimiéndose contra Juan.

—Si he de morir —musitó la muchacha—, al menos que sea a tu lado, cariño.

—Todavía estamos vivos —masculló él, con rabia, mirando a lo alto del cielo.

Los demás evadidos se habían dispersado. Con excepción de la pareja de tigres, no se veía a ninguno de ellos. Hasta Grontha y Bared parecían haber emprendido la huida.

De pronto, como obedeciendo a una orden preconcebida, las naves

formaron en hilera, precipitándose hacia abajo con fulmínea velocidad. Juan lanzó un grito, más instintivo que realmente consciente.

—¡A tierra, a tierra! —y lo hizo, rodeando con su brazo los hombros de la muchacha, como tratando de protegerla.

Sintió los secos chasquidos de las descargas desintegrantes, estallando en tomo suyo. Oleadas de intenso calor le golpearon el rostro y pronto una elevada temperatura reinó en aquellos parajes.

Juan y Neya permanecieron unos minutos en aquella posición, conteniendo el aliento, aguardando en cualquier instante el impacto que los convirtiera en ceniza. Pero, en lugar de ello, no ocurrió nada por el momento.

El joven se arriesgó a levantar la vista, diciéndose un segundo después que acaso le hubiera valido más no mirar. Porque el bosque estaba convertido en un rugiente mar de llamas, cuyo calor se hacía insoportable por momentos.

Juan se puso en pie, dando la mano a la muchacha para ayudarla a levantarse. A su lado, «Pijama» masculló unas palabrotas.

—Ya decía yo que esos tipos nos iban a fastidiar. ¿Les gustarán los filetes de tigre a la brasa?

—Éste no es el momento de bromear —dijo «Marisa», muy inquieta y nerviosa, agitando continuamente la cola.

Juan empezó a pensar si la situación no haría volver a los tigres a su primitiva condición y, precavidamente, procuró no perderlos de vista, al mismo tiempo que oprimía con fuerza la culata de la pistola.

Juan comprendió en seguida la intención de los zorionitas. Puesto que les resultaba demasiado arriesgado luchar contra ellos, habían optado por una solución mucho más cómoda, como era la de incendiar el bosque. Así evitaban las pérdidas y, de paso, tomaban cumplida venganza de lo que los zorionitas consideraban como sus desafueros. Estaban rodeados por un círculo de fuego, del cual no había la menor escapatoria posible.

La temperatura comenzó a aumentar. Afortunadamente, no soplaba mucho aire, con lo cual las llamas tardaban bastante en extenderse, pero, sin embargo, Juan y sus compañeros tenían en su contra la fácil y rápida combustibilidad de aquellos vegetales, lo cual facilitaba

grandemente la propagación del incendio.

En vano buscaron un lugar por donde evadirse al triste destino que les aguardaba. Juan murmuró al cabo de un rato:

—Grontha ha sido más afortunada que nosotros; ella dispone de alas con las cuales escapar a esta muerte tan horrible.

Neya le miró con apasionado gesto, diciéndole en voz baja:

—A tu lado la muerte me parecerá una cosa muy dulce, Juan.

El joven le rodeó el talle con sus brazos, mirándola también al fondo de sus insondables y bellas pupilas:

—Gracias por el cariño que me muestras, Neya. Sin embargo, ni aun en estos momentos debemos olvidarnos de nosotros mismos. Te voy a dar un consejo.

Ella le miró atentamente.

—Di, Juan; te escucho.

—En el momento en que veas que nuestro destino es irremediable y las llamas y el humo nos alcancen y estén a punto de envolvernos, respira. Respira hondo y rápido; así la inconsciencia vendrá antes y limitarás tus padecimientos. Es mejor no darse cuenta de nada.

Neya se alzó de puntillas y besó suavemente los labios del joven.

—Así lo haré, cariño.

Y luego los dos enamorados se volvieron para contemplar el mar de llamas que, rugiendo atronadoramente, avanzaba hacia ellos con lentitud pero indefectiblemente.

A sus pies, la pareja de tigres, conservado su equilibrio mental únicamente por la luz de la razón que les infundieran los zorionitas, esperaban con mal disimulado nerviosismo el momento final, que no prometía ser nada agradable.

En el último instante, cuando ya la temperatura era insoportable, Neya se abrazó estrechamente a Juan.

CAPÍTULO IX

Neya ocultó su rostro en el pecho del joven, como si no quisiera ver el avance de las llamas, cuyas primeras filas ya casi les acariciaban el cuerpo. No se podía respirar y la temperatura alcanzaba ya límites realmente insoportables.

De pronto, cuando los dos jóvenes se daban ya por muertos, ocurrió un fenómeno extraño: una repentina baja de la temperatura, cuyos motivos no podían explicarse.

Juan y Neya, asombradísimos ante aquel hecho insólito, miraron en torno suyo. Las llamas retrocedían en todas direcciones, como si un fuerte huracán soplara de todos los puntos del cuadrante a la vez, haciéndolas retroceder con vertiginosa rapidez, mayor aún que la que habían empleado para el avance. Aquello les resultó realmente incomprensible.

Los tigres se enderezaron, tan intrigados como ellos.

—¡Diablos! —gruñó «Pijama»—. ¿Tendré que felicitarme por conservar aún mis bigotes?

Durante unos momentos no vieron nada que no fueran los alrededores del lugar en que se hallaban, completamente calcinados, elevándose del suelo numerosas volutas de humo, ya inofensivas. Pero, súbitamente, se oyó un agudo silbido.

Juan y Neya elevaron sus ojos hacia arriba, hacia el lugar de donde procedía aquel sonido, que el joven no tardó en identificar como el de los chorros de una astronave, decelerando y disponiéndose para aterrizar. La vio en lo alto, aumentando rápidamente de tamaño, y brillando a la luz de Mira con cegadores destellos.

—¿Nos habrán salvado la vida sólo para encerrarnos de nuevo en el zoo? —fue la pregunta que se formuló el joven, a media voz, como si hablara consigo mismo.

Por si acaso, aprestó la pistola y el látigo. No, de ninguna manera, ocurriese lo que ocurriese, quería ser encerrado por segunda vez. Se defendería hasta la muerte, con uñas y dientes…

El «brenschluss» de la astronave ocurrió justo en el momento en que las patas sustentadoras de ésta, desplegadas unos segundos antes,

tocaban el suelo ennegrecido por el incendio. Tras el aterrizaje, un profundo e inquietante silencio reinó en aquel lugar.

La nave del espacio era enorme, gigantesca, colosal, refulgiendo como un ascua, debido al peculiar tono de la luz de Zorio. De pronto, en lo alto de la misma, se abrió una escotilla, que dejó ver su negro hueco.

Los evadidos aguardaron expectantemente a que alguien saliera por allí. Y ese alguien salió.

Juan lanzó un grito de asombro. Eran unos seres que volaban: ¡hombres—murciélagos!, los cuales, en rápido vuelo, descendieron hasta ellos, rodeándolos. Al llegar al suelo, Juan reconoció a uno de aquellos seres.

—¡Grontha! —exclamó.

Ella también gritó, y corrió hacia la pareja, sin poder contener las lágrimas de alegría al verlos salvados. Los tres se abrazaron estrechamente, infinitamente jubilosos por encontrarse de nuevo.

—Os creí muertos, la verdad —dijo Grontha, tras las primeras efusiones— y puedo aseguraros que no me hubiera consolado jamás de ello.

—Gracias a vosotros estamos salvados —murmuró Neya.

—Éste es un favor que siempre te tendremos que agradecer —dijo Juan.

Grontha agitó una mano displicentemente:

—¡Bah! —exclamó—. Es lo menos que podía hacer por vosotros, sobre todo por ti, Juan, que fuiste quien nos libró del encierro en Adhar.

—Y a nosotros, ¿qué? —refunfuñó «Marisa», toda ofendida, al ver que nadie le hacía caso.

Grontha se echó a reír y se arrodilló junto a la tigresa, acariciándole la cabeza. Hizo lo propio con «Pijama».

—Me alegro mucho de veros, muchachos. Ahora vendréis con nosotros a un lugar donde tendréis la comida asegurada y, por supuesto, libres de ir y venir a vuestro antojo, sin temer nada de nadie.

—¡Magnífico! —dijo «Pijama»—. Ésa es la vida que yo siempre he deseado llevar.

Grontha iba a añadir algo, pero, repentinamente, se oyó a lo lejos un sordo rumor. La tierra tembló suavemente, como si hubiera recibido las últimas ondulaciones de un lejano terremoto. La cosa se repitió aún un par de veces, de idéntica forma en todas ellas.

Juan miró inquisitivamente a la mujer—murciélago.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó ella—, excepto que ha llegado nuestra hora.

—¿Nuestra hora? No te entiendo —murmuró el joven, muy asombrado.

—Es muy sencillo, Juan. Los pueblos de la Galaxia se han hartado de soportar la dominación zorionita y por fin se han alzado en armas contra éstos.

—¿Cómo? —exclamó el joven—. ¿Una guerra galáctica?

Grontha hizo un gesto de aquiescencia.

—Digámoslo así. Esas explosiones que oyes son las de las primeras bombas atómicas lanzadas contra Adhar, la capital de Zorio.

—¡Diablos! ¡Armas nucleares!

—Así es, en efecto, Juan.

—Y ¿quiénes intervienen en esta guerra, Grontha? —inquirió Juan.

—Por ahora —repuso la mujer—murciélago—, nosotros, los del Sistema de Alfa de Arturo, compuesto por cuarenta y tres planetas, todos ellos habitados por seres como yo y como los que estás viendo, Juan. Yo pertenecía, con mi marido Gronth, muerto, como sabéis, por estos malditos zorionitas, al Duodécimo.

—¿Y nadie más?

—Sí —contestó Grontha, mirando oblicuamente, de una manera extraña, a Neya—. Están también, además de otras razas, los procionitas.

—¿Procionitas has dicho? —gritó Neya, sin poderse contener.

—Exactamente. Los hombres de tu mundo están a nuestro lado. ¿Oyes?

Varias explosiones, muy atenuadas por la distancia, se oyeron a lo lejos. Grontha prosiguió:

—Sí —dijo—; los de Proción A también están a nuestro lado. A mí me divisaron mis compatriotas y me salvaron en el último instante, después de destruir las tres naves zorionitas que estaban a punto de matarnos. Ah, Bared se ha salvado, ¿sabéis?

—Pero —Juan miró en torno suyo— los otros han debido de morir achicharrados.

Grontha hizo un gesto de pesar.

—No ha sido mía la culpa: hicimos lo que pudimos, y solamente gracias a que no abandonaste tus armas zorionitas, pudimos localizaros con los detectores y salvaros. De lo contrario, ahora estaríais muertos. Desde el aire no se veía otra cosa que un inmenso mar de llamas.

Hubo una breve pausa de silencio. Después Neya preguntó:

—¿Sólo Proción A interviene en la lucha?

.—Y Proción B también, por supuesto. Todos los procionitas, como un solo hombre, se han lanzado al combate.

La muchacha palideció. Juan advirtió el detalle.

—¿Qué te ocurre? —inquirió.

—Nada, nada —dijo ella, tras un par de rápidas inspiraciones. Luego miró a Grontha—. ¿Cuándo nos vamos de aquí?

—Cuando queráis —repuso la mujer—murciélago, decidida—. Pero de antemano os advierto que vamos a combatir y que acaso sería peligroso para vosotros venir en nuestra nave.

—Tampoco nos podemos quedar aquí —murmuró Juan, mirando el desolado paisaje que les rodeaba—. No obstante, yo haré lo que disponga Neya.

—Vámonos —dijo la muchacha con súbita energía; a continuación preguntó—: ¿Podremos comunicarnos con las naves procionitas, Grontha?

—Por supuesto —asintió la interrogada—. Nuestro sistema de comunicaciones está a tu entera disposición. ¡Andando!

—Dirás volando —gruñó «Marisa»—. ¿Cómo demonios vamos a subir hasta ahí arriba? —y la tigresa levantó una zarpa, señalando hacia la puerta de la astronave, situada a sesenta o setenta metros del suelo.

Grontha sonrió, dando unas órdenes en su lenguaje. Al instante, dos de sus seguidores tomaron a Juan en brazos, en tanto que ella hacía lo propio con Neya. Los tigres fueron izados de la misma forma, y pocos segundos más tarde se hallaban a bordo de la astronave, la cual despegó sin pérdida de tiempo.

La curvatura del planeta se advirtió casi en seguida, a los pocos momentos de haber despegado con terrorífica velocidad. Sin embargo, Juan se dio cuenta de que no había sido sujetado a ninguna litera antichoque, ni nadie les había hecho la menor observación acerca del instante de arrancar, del que no se habían percatado tan siquiera. Esto le dio la idea de que los hombres—murciélagos no eran tan atrasados como los zorionitas pretendían, ya que debían de tener instalados a bordo de sus naves dispositivos anuladores de los efectos de la tremenda aceleración causada por los despegues.

Pero, apenas se había hecho tales reflexiones, vio que estaban en pleno espacio y, olvidando momentáneamente sus preocupaciones, se asomó a la portilla más cercana, contemplando el paisaje que desde allí se le ofrecía.

Mira, el rojo sol de aquel singular sistema, ofrecía su colosal disco que abarcaba una buena parte del horizonte, y cuyo tamaño era tal, que si se hubiera podido colocar el Sol terrestre en su centro, Marte habría quedado muy cerca de su borde, nunca del todo definido. No obstante, y a pesar de ser una estrella tan gigantesca, su masa era apenas diez veces la del Sol, por lo que, en lugar de parecer como éste, un cuerpo sólido, aunque ardiente, más semejaba una masa de gases en incandescencia, a setenta y seis millones de la cual gravitaba su compañera, una enana blanca de débil luminosidad[4], que, no obstante, hacía que ambas debieran ser contempladas a través de pertinentes filtros que evitaban todo daño a las pupilas sin protección.

Los pensamientos de Juan fueron cortados súbitamente por un pequeño golpe que sintió en el hombro. Se volvió. Era Grontha.

—Ven —le dijo la mujer—murciélago— y verás una cosa.

Juan la siguió, dándose cuenta de que Neya le acompañaba. El joven advirtió la enormidad del interior de aquella espacionave, cuyos ocupantes, todos de la misma raza que Grontha, estaban atareadísimos

en sus ocupaciones, ante sus instrumentos, de formas y aspectos jamás soñados siquiera por el joven y que denotaban en ellos un elevadísimo grado de civilización. Siguiendo a su huésped, Juan tomó el brazo de Neya, hasta llegar a una cámara en la que había varios arturianos, que se echaron a un lado respetuosamente al verlos entrar.

Esto le dijo a Juan que Grontha debía ocupar un alto cargo en aquella nave. La mujer—murciélago los condujo hasta un gran círculo de vidrio deslustrado, a modo de pantalla visora, en cuya base se divisaban numerosos botones y diales que debían de servir, sin duda, para manejarlo.

—Ésta es una pantalla visora telescópica, con la cual se pueden escrutar puntos alejadísimos en nuestra Galaxia. Pero como ahora no nos interesan las exploraciones astronómicas, me limitaré a enseñaros lo que se ve desde aquí de Zorio, ese planeta cuyo poder estamos empeñados en destruir.

—¿Incendiaréis a Zorio como represalia, Grontha? Sería horroroso condenar a muerte a millones de seres inocentes de las culpas que otros cometieron —objetó el joven.

Grontha sonrió despreciativamente.

—¿Qué sabes tú de la idiosincrasia de un zorionita? —dijo—. Un zorionita —continuó— es un ser educado desde su nacimiento en la creencia de que nadie es más valeroso ni más civilizado ni más noble que él. Las demás razas son, para ellos, simples desechos de la Galaxia, que sólo viven gracias a su benevolencia. Son guerreros y crueles por naturaleza, y de vez en cuando organizan expediciones de exterminio, como aquellas en que caímos prisioneros tú, Neya, yo y los demás, solamente por desahogar sus ansias bélicas. No; es un pueblo que no merece vivir y será destruido hasta los cimientos, volatilizando su mundo de modo que no quede el menor rastro de él. Y eso es lo que intentamos ejecutar los arturianos y los procionitas, íntimamente coaligados de modo que el triunfo no pueda escapársenos en modo alguno.

Juan se sintió horrorizado al escuchar las crueles palabras de la mujer —murciélago. Era evidente que estaba de acuerdo en que los zorionitas merecían un castigo, pero nunca que éste consistiera en el exterminio total de su mundo. Protestó:

—Aun así —dijo—, a pesar de sus cualidades, es un acto de barbarie, cualquiera que sea quien lo ejecute, destruir un mundo entero, con

todos los seres que lo pueblan.

Grontha le miró con maligna sonrisa.

—¿Barbarie dices? —y repitió—: ¿Hablas tú de barbarie, cuando los mismos habitantes de tu planeta se enzarzaron en una mortífera guerra que acabó con la total destrucción del mismo?

—Pero ellos no destruyeron ningún planeta —repuso acaloradamente Juan.

—Acaso porque no conocían aún los secretos del viaje interestelar. Pero me hubiera gustado verlos y conocerlos en una situación semejante a la nuestra, ¿no te parece?

—Primero hubiéramos negociado con los zorionitas...

—¡Con los zorionitas no se negocia; se los extermina..., o uno es exterminado por ellos! ¡No lo olvides!

—De todas formas, sea lo que sea, he de hacer mi protesta más enérgica por esta bárbara guerra total. Antes de lanzaros a ella, debíais haber entrado en discusión con los zorionitas, estableciendo un tratado de paz o algo parecido, y pidiendo indemnización por las pérdidas de vidas y bienes causadas por su ambición. Además, naturalmente, de una garantía de exención de acciones bélicas para lo futuro.

Grontha se echó a reír:

—Los zorionitas no negocian nunca. Ni entienden otro lenguaje que no sea éste: el de las armas. Es una raza salvaje, a pesar de su civilización, y peligrosa, y por lo tanto, debe ser exterminada de la Galaxia.

Juan guardó silencio unos instantes. Luego se volvió a mirar a Neya.

—¿También tú opinas de la misma manera que Grontha? —inquirió.

La muchacha vaciló visiblemente.

—Yo... Juan, la verdad es... Korff fue destruido por ellos sin previo aviso, sin damos la menor probabilidad de defensa... Allí vivían doce mil millones de seres inocentes como yo, que fueron muertos casi de un golpe, por un estúpido capricho de estos salvajes.

—Aunque así sea —repuso Juan—, algún culpable habrá. Que se le

busque y se le castigue como merece.

—Todos los zorionitas son culpables —casi gritó la mujer—murciélago, muy excitada.

—Encuentro un poco extraño que no hagas ninguna excepción entre los habitantes de Zorio. Alguno de ellos habrá, opuesto a su actual política de supremacía galáctica.

—¡Ninguno! ¡Todos son igual, lo mismo unos que otros!

—Disiento de tu opinión —contestó Juan, tratando de conservar la calma—. La guerra que destruyó mi planeta ¿fue provocada por la mitad de sus habitantes, deseando exterminar a la otra mitad, o fue causada por la ambición, o lo que sea, de unos cuantos megalómanos? ¿Todos los que murieron eran culpables?

Grontha miró despectivamente al terrestre.

—Yo no sé, ni me importa, las causas que provocaron la destrucción de la Tierra. Lo que sí sé es que, como todos los arturianos, trato de evitar que los zorionitas vuelvan a destruir más mundos para hacer prisioneros que contemplar en sus zoos. Tú mismo has sido uno de ellos y luchaste por tu libertad, hasta la muerte, si hubiera sido preciso. ¿Vas a volverte atrás ahora?

—Yo no dije nunca que volvería un día para barrer a los zorionitas de modo que no quedase uno de ellos con vida, Grontha. Yo...

Una desdeñosa sonrisa curvó los labios de la mujer—murciélago.

—Me parece que te empiezo a comprender, terrestre. Había puesto muchas esperanzas en ti, pero... Te salva únicamente el que te deba la vida, Juan; de lo contrario, otra muy distinta sería mi actitud hacia ti.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —respondió serenamente el joven—. Estoy por entero a tu disposición.

—¡Ya lo creo! —rió estruendosamente Grontha, y luego añadió—: Como que, en tanto no vea las cosas un poco más claras, serás mi prisionero.

Los puños de Juan se crisparon.

—Para esto podías haberme dejado allá abajo, entre las llamas.

—Acaso hubiera sido lo mejor —dijo ella fríamente, volviéndose acto

seguido hacia la procionita—. Y tú, Neya, ¿qué tienes que decir?

La respuesta de la joven no se hizo esperar. Sus negros ojos brillaron con un fulgor que sólo pudo ser comprendido del terrestre.

—Amo a Juan —dijo sencillamente—, y lo que sea de él será de mí, Grontha.

—Muy bien. De todas formas, os estimo y os aprecio a los dos, y no os causaré ningún daño...

—Te guardarías muy bien de ello —gruñó «Pijama» de repente, enseñando en una horrible mueca sus afilados colmillos—. Puede que fuera lo último que hiciera en este mundo, pero tú ya no volarías más, Grontha, te lo aseguro.

—Estoy contigo, «Pijama» —gritó «Marisa», lanzando un atroz rugido.

—¡Basta! —gritó la mujer—murciélago, muy nerviosa—. Basta ya. Os traje aquí para que contemplarais el desarrollo de la batalla que acaba de comenzar. ¡Mirad!

Grontha manipuló en los mandos del visor telescópico, y al instante la pantalla circular se iluminó brillantemente. Las imágenes aparecieron confusas en un principio., pero luego se definieron con gran brillantez y precisión.

Lo primero que captaron los ojos de Juan fue la imagen de Adhar, la capital de Zorio, defendiéndose con todos sus medios de los despiadados ataques de que estaba siendo objeto.

CAPÍTULO X

La ciudad parecía estar rodeada por una especie de cúpula transparente que la envolvía en su totalidad, y cuyos bordes parecían hallarse en estado de incandescencia. Sobre el cielo de Adhar, infinidad de naves del espacio, unas similares a aquella en que Juan y Neya se encontraban y otras un poco diferentes, volaban describiendo incesantes círculos, al mismo tiempo que disparaban rayos de naturaleza desconocida para el joven, los cuales concluían en la coraza

transparente que era aquella extraña cúpula, disolviéndose al instante en medio de cegadoras llamaradas.

Juan entendió que aquella cúpula no era otra cosa que un medio de protección para la ciudad, debajo de la cual sus habitantes parecían hallarse seguros y a salvo. Pero los zorionitas no se limitaban a soportar el ataque, sino que respondían a él con todas sus fuerzas.

De cuando en cuando, rayos de luz similares a los disparados por los atacantes, brotaban de determinados puntos de Adhar, surcando con fulmínea velocidad en el espacio. Algunos de ellos se perdían, disolviéndose a los pocos segundos de haber sido lanzados; otros, en cambio, alcanzaban sus objetivos, y cada vez que sucedía una cosa de éstas, una nave atacante se deshacía en medio de un colosal chispazo de deslumbrantes efectos. La muerte de sus ocupantes debía de ser instantánea, sin que apenas tuvieran tiempo de enterarse de lo que les sucedía.

Pero, aun así, los ataques, feroces, encarnizados, se sucedían de modo incesante. Oleada tras oleada de espacionaves eran lanzadas al asalto, disparando frenéticamente sus rayos, con la esperanza de que, insistiendo, acabaran por debilitar la coraza protectora de los zorionitas, cuya destrucción sería entonces cuestión de pocos minutos.

Pero la coraza soportaba bien las descargas de los atacantes. No obstante, para responder, los zorionitas se veían obligados a practicar determinados huecos que permitieran el paso de sus rayos defensivos, huecos que eran cerrados de modo casi instantáneo, sin apenas solución de continuidad en la cerrada superficie de la cúpula.

Juan observó todo esto con infinita atención, olvidándose momentáneamente del estado de tensión surgido entre ellos y Grontha. Y se dijo que aquél era el talón de Aquiles, el punto débil de los zorionitas, y el sitio por donde las defensas de éstos podían ser vulneradas.

Como si las naves atacantes hubieran adivinado sus pensamientos, se concentraron en torno a los lugares desde donde eran soltadas las descargas de rayos zorionitas. Juan admiró el magnífico valor de los arturianos y de los procionitas, desafiando el peligro con plena consciencia de lo que se hacían, pero buscando la muerte con tal de derruir el poderoso imperio de aquel planeta que tantos y tantos daños había causado en la Galaxia.

Por unos momentos parecieron suspenderse las hostilidades, como si

ambos bandos contendientes descansaran, reponiendo sus pérdidas o aliviándose de la fatiga del combate, pero sin dejar de estudiarse mientras tanto. Bajo la cúpula, la ciudad, ocupando una vastísima área de terreno, que Juan reputó mayor que la mayor de las ciudades de la Tierra, continuaba refulgiendo a la luz de Mira, impasible, silenciosa, inmóvil, segura de sí misma y de su fuerza y poderío.

En aquel breve intervalo, se oyó una voz dentro de la cámara. Neya habló, dirigiéndose a la mujer—murciélago.

—¡Grontha! —dijo la muchacha.

La aludida se volvió, separando su vista de la pantalla.

—¿Qué quieres, Neya?

—Antes dijiste que era factible ponernos en comunicación con las naves procionitas, ¿no es así, Grontha?

—Ciertamente —afirmó Grontha.

—También dijiste que ponías tu sistema de comunicaciones a nuestra disposición.

—Por supuesto. Pero, si hablas con algún conocido, lo harás en mi presencia.

—Gracias —contestó la muchacha—. No tengo intención de ocultar mis palabras. Haz que tus hombres me pongan en contacto con los procionitas. Que busquen y que indaguen a ver si se encuentra Neyor entre ellos.

—¿Quién es ese Neyor? —inquirió Grontha, repentinamente picada por la curiosidad.

Neya sonrió imperceptiblemente.

—¿Quieres, por favor, hacer lo que te he pedido y tú me prometiste? Anda y no temas; saldrás de dudas dentro de unos momentos.

Con renuente gesto, Grontha hizo lo que le rogaban, dando unas órdenes, a través del sistema interno de transmisiones de la espacionave. Después, y durante un corto lapso de tiempo, permaneció junto a la pantalla, de pie, tabaleando nerviosamente con los dedos sobre el tablero de control.

De pronto, una voz se oyó en la estancia, sonando a través de un

megáfono.

—Grontha, Neyor, de Proción B, está al habla.

—Gracias. Pásame la comunicación aquí, a la cámara de observación. Que sea visual también.

—Muy bien, Grontha; al momento.

La mujer—murciélago tomó por un brazo a la muchacha y la colocó ante una pantalla de inferior tamaño a la de observación.

—Ponte aquí —dijo—. Así podrás ver y ser vista al mismo tiempo. ¿Quién es ese Neyor?

—Mi padre —fue la sorprendente respuesta que dio la joven—. Mi padre, Administrador de Proción A y B.

Grontha soltó una exclamación de asombro. Pero, antes de que pudiera formular ninguna observación, la pantalla pequeña se iluminó.

Primero se vieron unos círculos confusos, en todos los tonos del espectro, que luego se resolvieron rápidamente en la imagen de un hombre de media edad, fuerte como un toro, cuyo rostro estaba cubierto por una espesa barba negra, muy rizada. El hombre daba una impresión de fuerza y vitalidad enormes, y sus ojos brillaban fulgurantemente.

—¡Neya! —gritó al ver a la muchacha—. ¿Qué haces ahí, con los arturianos?

—Ya lo ves, padre mío —contestó la muchacha algo inquieta—. Estoy presenciando el ataque final a Adhar.

Neyor soltó un rotundo taco.

—Tu sitio no es ése, Neya, y tú lo sabes bien. Debieras estar a mi lado… y al del hombre que va a ser tu esposo.

El ánimo de Juan sufrió una ruda conmoción al oír las palabras del padre de Neya. Éste continuó:

—En cuanto terminemos con estos condenados zorionitas, iré a buscarte, Neya.

—Padre —contestó la muchacha, muy pálida, pero serena—, yo no

quiero casarme con el hombre que tú me destinas para marido.

—Es el que se merece la hija del Administrador de un sistema planetario. Y será tu marido, lo quieras o no, Neya.

—¡Jamás, padre! —contestó la muchacha con energía—. Amo a otro hombre y seré su esposa o no me casaré con nadie más.

Neyor masculló algo entre dientes.

—Me alegro de verte viva, hija; y francamente, temí por tu suerte cuando estos condenados zorionitas destruyeron Proción A. Por ahora, no podemos seguir discutiendo, por lo que lo dejaremos para más adelante.

—Ya sabes cuál es mi opinión, padre. Si antes ya no le quería, ¿cómo voy a haber cambiado de opinión ahora, que encontré el único amor de mi vida?

—¡El amor de mi vida, el amor de mi vida! —refunfuñó Neyor—. ¡Bah! Cosas de la juventud. Dentro de unos años, ni siquiera te acordarás...

—¡Dentro de mil años seguiría pensando lo mismo, padre! —contestó apasionadamente la joven.

—¡Basta! —gritó Neyor—. Basta de tonterías. ¡Grontha!, ¿estás ahí?

—Sí, Neyor. Incondicionalmente, a tu disposición.

—Gracias. Supongo que estará también ahí el hombre que ha embaucado a mi hija, ¿no es así?

—Ciertamente, Neyor.

—Muy bien, pues. Enciérralos a los dos separados y no los dejes verse más. Ella es mi hija y ha de obedecer mis órdenes, ¿estamos?

—Completamente de acuerdo, Neyor.

—Otra vez gracias, Grontha. Y ahora, vamos a ver si concluimos con los zorionitas. Cuídamela y cuando acabe la batalla, ya nos veremos. ¡Hasta luego!

La imagen borró de la pantalla, y entonces Grontha se volvió hacia la pareja de enamorados. Su rostro aparecía serio, muy concentrado.

—Lo siento, muchachos —dijo—, pero tengo que cumplimentar los deseos del padre de Neya.

—Tú no tienes por qué obedecer sus órdenes, Grontha —objetó Juan, muy pálido, sosteniendo entre las suyas las manos de Neya.

—En cierto modo no: desde luego; pero Neyor es un aliado político nuestro, de los arturianos, y se ofendería si desoyera sus requerimientos. He de hacer lo que él me pide, y creedme que lo siento de veras. Independientemente de lo que piensa Juan sobre esta guerra, os había tomado verdadero cariño, y nada me hubiera agradado más que veros casados y con un montón de chiquillos correteando a vuestro alrededor.

De pronto, «Pijama» saltó al centro de la cámara, enseñando sus colmillos amenazadoramente.

—Antes de que uno solo de tus hombres toque a mis amigos, lo despedazaré con mis dientes y mis garras, Grontha.

«Marisa» le imitó, gruñendo siniestramente.

—Son amigos nuestros, y tienen derecho a su felicidad. ¿Por qué habéis de impedírsela?

Grontha frunció el ceño.

—Eso no es cuenta vuestra... ni mía. Es Neyor, el padre de la chica, quien lo ha dispuesto así y yo me veo obligada, por la alianza existente entre nuestros pueblos, a secundarle. Vuestra actitud es irrazonada y no conduciría a otra cosa que a un indudable agravamiento de la situación, que en nada podría beneficiar a Juan y a Neya.

El joven pasó la mano por el lomo del tigre.

—Grontha tiene razón, «Pijama». Es inútil luchar contra lo irremediable, al menos en la tesitura en que nos encontramos. Neya, lo siento, pero quiero que sepas que yo también te amo con toda mi alma, y que seguiré amándote, ocurra lo que ocurra.

La muchacha sonrió tristemente, procurando valientemente ocultar un par de lágrimas que pugnaban por escapar de sus hermosas pupilas.

—Gracias, Juan, gracias —oprimió con dulzura su mano—. Ten en cuenta, sin embargo, que todavía no se han cumplido los propósitos de

mi padre y que todavía no estoy casada con el hombre que él quiere.

Luego se volvió hacia la mujer—murciélago.

—Estoy pronta a ir donde tú digas, Grontha.

La aludida asintió, pensativamente, y luego, volviéndose hacia el micrófono, dio unas órdenes.

Un poco más tarde, Juan se hallaba solo, con la única compañía de los tigres, encerrado en una cámara, cuyo único ojo de buey proporcionaba una magnífica vista de conjunto del campo de batalla. Oyó vagamente los refunfuños de sus felinos compañeros.

—En tu lugar, a mí no me quitan la chica tan fácilmente —decía «Pijama», a lo cual asentía «Marisa» con apenas audibles gruñidos.

—Ya les hubiera dado yo —mascullό la tigresa, pero la atención del joven estaba centrada en lo que sucedía en el cielo y bajo éste, en Adhar.

Después de aquel intervalo, que parecía haber sido de descanso o reagrupamiento de las fuerzas atacantes, éstas habían reanudado el asalto, empleando ahora toda clase de medios ofensivos. A las descargas radiantes, sucedían ahora las bombas de carácter nuclear, las cuales estallaban con intensísimos fogonazos que se percibían claramente desde el lugar en que se hallaba Juan, a pesar de estar bastante separado del campo de batalla.

En una de las descargas zorionitas, la cual había tenido forzosamente que pasar por un hueco abierto en la cúpula deflectora, una granada atacante consiguió ser lanzada al interior. Estalló, con horrísono estruendo y devastadores efectos.

Grandes edificios, de colosal altura, se desplomaron, fragmentados en innumerables trozos, como si hubieran sido simples castillos de naipes. Numerosos incendios estallaron en aquel punto, y la onda de concusión, extendiéndose muy lejos del centro del estallido, alcanzó a gran distancia, propagando así el horror de las llamas.

La respuesta de los zorionitas no se hizo esperar. Un enorme haz de rayos, lanzados con la furia de la desesperación que les infundía al saber qué estaban empeñados en una lucha a vida o muerte, salió proyectado al espacio, dispersándose apenas. Un grupo de astronaves atacantes fue alcanzado por aquella continua sucesión de descargas, deshaciéndose en una serie de estallidos que se esfumaron casi

instantáneamente.

El rojizo color de Mira se alternaba con el blanco azulado de las explosiones nucleares, constituyendo un espectáculo maravilloso, digno de admirarse, a no haber sido por el pensamiento de que, a cada fogonazo de aquellos, perecían bajo sus efectos centenares de miles o a caso millones de personas. Juan se horrorizó y, aunque quiso apartar la vista de allí, no pudo; la fascinación que le infundía la contemplación de tan horrenda batalla era superior a sus propósitos.

Los zorionitas se dieron cuenta bien pronto de que les iba a ser imposible resistir, y no tardaron en izar bandera blanca. Juan no lo vio, pero lo supo por los gritos que lanzaban los arturianos de la nave, y que llegaron hasta él a través de la puerta de su encierro.

El joven celebró por una parte, que aquella cruenta guerra hubiera terminado de una vez. Pero, por otra parte, lo tenía que deplorar, porque el momento de la separación de Neya se aproximaba a pasos agigantados.

Alguien entró con una bandeja de comida para los tres, pero Juan, hondamente preocupado, apenas si probó su parte. Oyó a los tigres devorar su parte, y luego, inmóvil, de pie al lado del ventanal, dejó pasar el tiempo.

No supo cuánto tiempo había transcurrido. De pronto, la puerta se abrió y Grontha apareció en el umbral.

—Ven —laconizó.

El joven obedeció en silencio.

En la cámara de mando vio al padre de Neya, junto a ésta, rodeado de algunas personas de su séquito. El Administrador de Proción lo miró con no disimulada curiosidad.

—De modo que éste es el hombre a quien amas, ¿eh, hija?

Sí —contestó la muchacha, clavando sus magníficos ojos negros en los de Juan —y no me casaré con ningún otro.

Neyor sonrió a través de su espesa barba.

—Bien, bien —dijo con cierta socarrona filosofía—; eso... ya lo veremos más adelante. Ahora no quería más que satisfacer mi curiosidad.

—¿Sigo siendo para ti todavía un animal del zoo? —pregunto el joven con amarga ironía.

—No, ni mucho menos. Eres un hombre como los demás…, pero que no estás evidentemente destinado a ser mi yerno. ¡Vamos, Neya!

La muchacha intentó, gritando desesperadamente, irse hacia el joven, pero su padre la sujetó férreamente por la muñeca, al mismo tiempo que miraba a Juan.

—Grontha tiene instrucciones acerca de lo que se ha de hacer contigo, terrestre. Entretanto, te recomiendo que olvides a mi hija… ¡porque no la verás más!

Aquellas palabras pusieron un velo rojo ante las pupilas del joven. Frenético, desesperado, se abalanzó contra Neyor, sin reparar en las consecuencias.

Pero apenas si pudo dar un par de pasos hacia adelante. Unas manos le sujetaron, inmovilizándole rígidamente, a pesar de todos sus esfuerzos. Luchó y se debatió ferozmente, llamando a Neya desesperadamente. Pero, de pronto, notó que los contornos de la joven se esfumaban, como si Neya se hubiera convertido en un ser irreal.

Los gritos de Neya se alejaron rápidamente, junto con su imagen. Y sólo fue en el momento de desaparecer de su vista, que Juan supo que le habían propinado un terrible golpe en la cabeza que le estaba haciendo perder el sentido rapidísimamente.

Después ya no sintió nada y se hundió en el descanso reparador de una noche sin fin.

* * *

Se despertó mucho tiempo más tarde, sintiéndose todavía sujeto por los arturianos. Luchó y se debatió con ellos, gritándoles e insultándoos de procaz manera. Alguien le golpeó el rostro, con sonoros chasquidos de sendas bofetadas, y Juan, aturdido, abrió los ojos.

En los primeros momentos no pudo creer en lo que estaca viendo. Aquellos seres que tenía ante sí no eran arturianos ni procionitas… sino, ¡terrestres!

Y los conocía a todos. El coronel Ratigan, el doctor Mumsen, el mayor Poniatowski…

—¿Que diablos hacen ustedes aquí? ¿Quién me trajo a este lugar? ¿Dónde estoy?

La mano del doctor Mumsen se apoyó suavemente sobre su hombro.

—Serénese, Juan. Le conviene, después del «shock» emocional que ha tenido. Es lógico que haya desvariado, sobre todo, creyéndose definitivamente perdido.

Juan se sentó en la litera de su astronave, frotándose los ojos con los puños.

—¿De dónde vienen ustedes? ¿De la Tierra?

El coronel Ratigan se echó a reír.

—¡Pues claro! ¿De dónde diablos íbamos a venir, si no, Juan?

—Pero… pero la Tierra fue destruida por una guerra nuclear… Yo lo vi… —objetó Juan, todavía atontado, sin creer en lo que ocurría—. Vi los fogonazos de las explosiones atómicas…

El doctor Mumsen se acarició la mandíbula.

—Eso debió de ser —dijo—, los proyectiles que se dispararon contra unas naves desconocidas que sobrevolaron nuestro planeta con hostiles intenciones. Por cierto, que el asunto estuvo a punto de causar una guerra internacional, pero al fin se logró solucionar el asunto a satisfacción de todos.

—Luego, la Tierra… ¿sigue existiendo? —balbuceó incrédulo el joven.

—Ya lo creo —rió el coronel Ratigan—. Y si no se fía de mí, véala por usted mismo, Juan.

Éste se levantó de su lecho y caminó con vacilantes pasos hacia el ojo de buey más próximo. Sí, allí estaba la Tierra, esplendente, majestuosa, brillando impoluta en su magnífica redondez, como una novia recién ataviada para la ceremonia de su boda. Habló para sí, olvidado de los demás.

—Debí de desmayarme, como una vulgar damisela decimonónica, cuando vi los chispazos con que hacían huir a las naves zorionitas. Y todas las aventuras que me han sucedido no son otra cosa que el

producto de una simple pesadilla. Sí, ésa debe ser la explicación. No hay zorionitas, ni arturianos, ni procionitas… ¡ni Neya existe tan siquiera!

El joven se volvió, ya rehecho.

—¿Qué piensan hacer conmigo ahora, coronel?

—Pues devolverlo a la Tierra, naturalmente. Es usted el primer hombre en llegar a la Luna, y tres mil quinientos millones de terrestres sueñan con aclamarlo. ¿Les va a negar usted esa satisfacción?

Juan sacudió la cabeza enérgicamente.

—Sí… por ahora —dijo—. Déjenme estar una temporada más en la Luna. Lo… lo necesito. Ah, coronel, y además, quisiera pedirle otro favor.

—Concedido, si es factible.

—Gracias, señor. Quiero que pongan un mensaje solicitando se me informe si del Zoo de Barcelona, España —y Juan citó una fecha aproximada—, desaparecieron dos tigres, macho y hembra. Es algo que me interesaría enormemente saberlo.

Los tres hombres miraron a Juan, como dudando de sus facultades mentales. Al fin, el coronel se encogió de hombros.

—Muy bien —repuso—; se hará como usted dice. A fin de cuentas, su condición de primer habitante lunar le concede ciertos privilegios que nosotros no vamos a negarle.

Juan quedó en el satélite, ayudando eficazmente en la instalación de la primera base lunar. Trató de olvidar todo cuanto había soñado, pero dudó de que realmente fuese una pesadilla, al saber que, efectivamente, los dos tigres habían desaparecido del zoo barcelonés en la fecha por él indicada. El doctor Mumsen, a partir de aquel momento, empezó a mirarle con aprensión, y conspiró con el coronel para, en la primera ocasión, devolver a Juan al planeta.

Pero esta ocasión no llegó, porque un buen día, de modo súbito, totalmente inesperado, una nave extraña, no terrestre, se posó sobre la superficie del satélite, junto a la base que estaba terminándose ya de instalar.

Hubo la alarma consiguiente, alarma que cesó bien pronto cuando se

supo que los ocupantes de aquella rarísima espacionave traían intenciones pacíficas. Uno de ellos hizo una pregunta, que tuvo como consecuencia que Juan fuera arrastrado o poco menos hacia la cúpula donde se hallaban los desconocidos.

Apenas se quitó la escafandra, vio algo que le, hizo cerrar los ojos, tambaleándose como si hubiera recibido un puñetazo en pleno pecho. ¡No, no era posible aquello!

—¡Neya! —gritó, avanzando hacia la muchacha, con los brazos extendidos.

Ella corrió hacia él y los dos se unieron en un estrecho abrazo, besándose apasionadamente, ante la estupefacta presencia del coronel, el médico y los demás componentes de la base lunar.

—Pero... ¿cómo es posible, Neya? Entonces, no lo he soñado... Estuve realmente encerrado en un zoo... Nos escapamos; luchamos contra los zorionitas; hubo una guerra de mundos... ¡y tú estás aquí ahora!

La joven, presa aún en los brazos del amado, sonrió dulcemente.

—Sí —murmuró—, sí, Juan. Todo eso fue cierto y ocurrió tal como lo has dicho.

—Pero... yo sólo falté del satélite una semana, Neya. Y estuve encerrado al menos tres meses en el parque de Zorio.

—Es porque vivías en un espacio distinto a este tuyo y, naturalmente, el tiempo es también distinto. Lo que allí consumió varios meses, aquí se resolvió en una semana tan sólo.

—Entonces, Grotha me trajo aquí —murmuró el joven atónito.

—Sí, claro, obedeciendo las indicaciones de mi padre.

—¡Tu padre! —exclamó Juan—. Me había olvidado de él. Se opone a...

La muchacha movió la cabeza de derecha a izquierda, sonriendo suavemente.

—Ya no se opone a nada, Juan. Mi insistencia y, ¿por qué no decirlo?, los ruegos de Grontha también, acabaron por decidirle. ¿Qué otra cosa podría motivar mi presencia aquí, en tu mundo?

—Mi mundo no es éste —murmuró el joven—, sino aquel en que tú te

encuentres, Neya.

—Esperaba la respuesta, Juan; por ello vine a buscarte. Ven a Proción B. La paz reina ya en la Galaxia. Te esperan allí algunos conocidos: «Pijama», «Marisa», Bared, Usho...

—¡Se salvó Usho!

—Sí —sonrió la muchacha—, Grontha también quiere verte y pedirte perdón por sus palabras. Ven, Juan, ven.

El joven no se hizo de rogar. Henchido de júbilo, se dispuso a salir del refugio estanco, en unión de Neya y su séquito.

Pero entonces, el coronel Ratigan le salió al paso:

—¡Eh, Juan!, ¿adonde diablos va usted?

—¿No lo está viendo, coronel? ¡A casarme!

—¿Cómo?

—Sí —dijo el joven, señalando hacia las estrellas—. Aquí, en un lugar que sigue siendo infinito, pero que ya no es un zoo donde se tengan encerrados a los distintos representantes de las razas galácticas, sino donde viven libres y dichosos, sin temor alguno.

—¡Está loco, Juan!

—Nada de eso —dijo Neya—; Está en su sano juicio. Y les prometo volver a hacerles una visita, en nuestro viaje de novios, como embajadores de nuestro sistema, que desean entablar relaciones con el vuestro. Pero ahora no tenemos tiempo. ¡Ven, Juan, ven!

—Sí —contestó el joven, tomándola de la mano. La esclusa se abrió, y la pareja, ligera, dichosa, se encaminó hacia la nave que los llevarla hacia su feliz destino.

FIN

[1] Es una palabra alemana, creada en tiempo de los proyectiles V, y que significa el momento en el cual cesa la combustión de los gases que impulsan a cualquier cohete, sea cualquiera que sea el motivo que provoca ese apagamiento de la combustión. Hoy día está incorporada ya al léxico militar. (N. del A.).

[2] (*Greenwich Meridian Time*) Tiempo del meridiano de Greenwich. (N. del A.).

[3] UFO: *Unidentified Flying Object*. Objeto Volador Inidentificado, que es el nombre que se aplica a los platillos volantes y, en general, a todo artefacto que vuela y es de origen desconocido. (N. del A.).

[4] Todo cuanto se dice en esta obra acerca de Mira, la estrella vulgarmente conocida por la Maravillosa de la Constelación de la Ballena, es cierto y está rigurosa y científicamente comprobado, hallándose a unos 220 años luz de la Tierra, o sea, a casi 2.200 billones de kms. de distancia. (N. del A.).